

CRISTIANDAD

Año XXV - N.ºs 451 - 452

BARCELONA

SEPTIEMBRE-OCTUBRE 1968

AL REINO DE CRISTO POR LOS CORAZONES DE JESUS Y MARIA

Depósito legal: B. 15860 - 1958



SUMARIO

OBEDIENCIA Y PAZ

Francisco Canals Vidal.

EL CONCILIO EN LA MENTE DE JUAN XXIII

José M.ª Petit Sullá

LA DEVOCION MARIANA DE JUAN XXIII

Carlos Mas de Xaxarsa Gassó

JUAN XXIII HIJO, PADRE Y MAESTRO DE LA FAMILIA CRISTIANA

Santiago Arellano

LA COMUNIDAD INTERNACIONAL EN EL PENSAMIENTO DE JUAN XIII

Juan Casañas Balcells

LA TRADUCCION DEL CANON ROMANO DE LA MISA

Antonio Udina Martorell S. I.

LIBERTAD CIENTIFICA Y OBEDIENCIA CRISTIANA - UN EJEMPLO PRECLARO ORIENTADOR

Roberto Cayuela, S. I.

1917 EN LA TEOLOGIA DE LA HISTORIA XI - FRANCIA, «LA FILLE AINÉE», «LA SOEUR AINÉE», RESUMEN DEL MUNDO

Luis Creus Vidal

EL SILENCIO DE DIOS DE RAFAEL GAMBRA

Francisco Salvá Miquel

CANCION DE EMIGRANTE

Carlos A. Callejo

ADMINISTRACIÓN:

Diputación, 302, 2.º - Telf. 222 24 46

Director: Fernando Serrano Misas



JUAN XXIII

elegido Papa en 28-10-58

O B E D I E N C I A Y P A Z

Parece como si lo tuviéramos olvidado, al buen papa Juan. Se le atribuyó la iniciativa de una “nueva frontera” cristiana, que liberaba de un pasado anquilosado y rígido. A una época desangelada y falta de imaginación, personificada en Stalin, Eisenhower y el papa Pío XII, sucedían tiempos de dinamismo y renovación, de deshielo y flexibilidad, que simbolizaron algunos en Nikita Kruscheff, el presidente Kennedy y... Juan XXIII.

Todavía leemos, a veces, su nombre. Pero, en la línea de los tópicos de entonces, habría que calificar como extraño el hecho de que no se presente con mayor insistencia como símbolo y bandera. La primavera trotskista de Praga, “conciliación del socialismo con la libertad”, la revolución de mayo de los universitarios de París, la violencia antiimperialista de la guerrilla ibero-americana, el pacifismo de juventudes rebeldes y no conformistas, la “no-violencia” de Martín Lutero King, todo el esfuerzo de la izquierda progresista por la coexistencia y el internacionalismo, ante el endurecimiento conservador en Occidente y neo-staliniano en el Este, deberían al parecer insistir más que nunca en su evocación y recuerdo.

Y hubiera podido también esperarse que el papa del Concilio, del “aggiornamento” y de la “renovación”, se citase con insistencia para contrarrestar la serie de actos “neopacelianos” y “preconciliares” de Pablo VI: la encíclica sobre el celibato sacerdotal, el Credo del pueblo de Dios, la *Humanae vitae*, las orientaciones doctrinales del discurso al episcopado hispano-americano. Quienes lamentan que la profesión de fe de Pablo VI no haya tenido en cuenta el espíritu de la “teología postconciliar” — tal vez esperaban un “catecismo holandés” de promulgación romana — deberían suponer, para ser consecuentes, que la fe del papa Juan se hubiese expresado en un lenguaje de menor continuidad con el del *cristianismo tradicional*.

* * *

Al mencionar el *cristianismo tradicional* nuestra reflexión puede orientarse en la complejidad de tensiones suscitadas en torno al Concilio y al papa Juan XXIII:

Se dice confusamente que la renovación conciliar supone la exigencia de “otro cristianismo”: el cristianismo tradicional estaba vinculado a la visión del mundo y al sistema de valores de la burguesía liberal y capitalista; esta vinculación es aludida al calificar como “conservadora” una posición exegética o teológica, una espiritualidad o una doctrina moral. Con este lenguaje no se discierne entre las “tradiciones eclesiásticas y apostólicas”, de que habló Trento, y las tradiciones humanas de un deformado cristianismo mundano.

Como venía ocurriendo en el mundo protestante, por la vinculación del modernismo teológico y el evangelio social, la fidelidad al credo cristiano tiene que soportar así la carga de desprestigio y antipatía de las “estructuras caducas”. El calificativo de “ortodoxo” cuenta como una de las más graves acusaciones que se puedan formular contra la mentalidad condenada por “el proceso irreversible de la historia”.

Es comprensible que aquellos apóstoles del “otro cristianismo postconciliar” que conservan sinceramente la fe ortodoxa, sientan la extrañeza de una situación en la que la inmutable firmeza del dogma católico, al que se adhieren, se presenta como algo excepcional y problemáticamente “inmovilista” en la corriente devastadora, cuya ley es la exigencia urgente e implacable de universal mutación.

Cuando los tópicos sobre el Juan XXIII “progresista” dominaban universalmente la publicidad, se reconocía siempre — es decir, siempre que alguien se atrevía a abordar el tema — su piedad “conservadora”. Ya se entiende que con este término se aludía a una espiritualidad enraizada

en la fe ortodoxa y tradicional. Y sólo quien nada conozca de sus escritos íntimos y de sus palabras y estilo episcopal y pontificio, podrá sospechar que Juan XXIII participase en el complejo de sentir la fe como una molesta excepción que impedía el aggiornamento del cristianismo a nuestros días.

Por esto no es difícil comprender que más bien se evite mencionar su nombre cuando se quiere presentar como fruto de la renovación conciliar el actual *vacuum* del pensamiento cristiano, causado por el desprecio a los grandes Doctores, y la desintegración del dogma y del misterio revelado por una hermenéutica y teología que no se fundan en los principios de la fe.

* * *

Lo que resulta desconcertante es el desplazamiento e inversión de valores que ha hecho posible una conexión fáctica entre las difundidas corrientes que destruyen la fe a pretexto de renovación y aggiornamento, y el "mensaje" de Juan XXIII y del Vaticano II. Como ha dicho Maritain, ha dado en llamarse espíritu postconciliar a la agravación de los males que el Concilio venía a remediar.

Intentaríamos explicar y definir lo inefable e inexplicable, si pretendiésemos agotar, en una interpretación sociológica, el sentido de una lucha combatida en el corazón del hombre, en nuestra edad planetaria, por el espíritu de Dios y los ángeles malos y buenos. Pero precisamente por lo arduo del tema, nos atreveremos a ser claros en lo que queremos sugerir.

Desde la primera sesión conciliar, la "opinión pública", conformada por el lenguaje de los grandes medios de comunicación social, ve el mundo católico dividido en dos partidos. A la minoría corresponden los conservadores o integristas; a la mayoría los renovadores o "liberales". Esquematisamos de intento, ya que no se trata ahora de señalar matices ni grados, que no se captan por la masa que sólo advierte confusamente la tensión expresada en mutuas polémicas y acusaciones.

También desde entonces quedaba establecida, frente al "hecho irreversible" del nuevo mensaje "liberador y progresivo" del papa Juan, la vinculación del integrismo minoritario al recuerdo del pontificado de Pío XII.

Estamos convencidos de que nada puede entenderse correctamente desde esta simplista visión. Bastará para problematizarla recordar que la mayoría "despachelizadora" se personificaba en quien había sido colaborador íntimo y confesor de Pío XII. La minoría se veía concretada en torno al anciano cardenal que, habiendo colaborado ciertamente con el papa Piaceli, había sido nombrado por Juan XXIII secretario del Santo Oficio, presidente de la Comisión doctrinal preparatoria, y, después, de la Comisión conciliar para la Fe y Costumbres.

* * *

La confusa terminología, de la que podría decirse que expresa el paso de "el soplo de la revolución", impide captar un hecho simple. Angelo Roncalli fue, en su persona, en su vida espiritual y en su servicio apostólico, fruto legítimo del "cristianismo tradicional". Es decir, advirtamos en seguida, arraigado en aquel pueblo de Dios sencillo y pobre al que pertenecía su familia campesina, el pueblo cuya fe coincide simplemente con la que ha expresado la profesión de Pablo VI, y cuya piedad y actitud hacia la Iglesia se expresó en las multitudes de Fátima y de Bogotá.

En un plano cultural y político, podríamos decir que se trata de la

tradicón cristiana no deformada por las convenciones y los prejuicios que dominaban casi universalmente el mundo burgués, gestado en la revolución liberal y el sistema económico capitalista, de inspiración positivista y utilitaria.

Desde la primera formación de los "partidos católicos" en el contexto del parlamentarismo del siglo XIX, y a través de las inflexiones católico-liberal y democrático-cristiana en sus diversas fases y tendencias, la presencia política del "catolicismo" se ha expresado según la mentalidad y acción de algunas *élites* burguesas. También en este aspecto podría reconocerse como verdadera la paradójica definición de la democracia como aquel sistema que obliga a toda la sociedad a pensar según la mentalidad de las clases dirigentes de las grandes ciudades.

Si se contempla el "catolicismo" en esta perspectiva, el apostolado se convierte en propaganda; la justicia y caridad en "catolicismo social"; la acción católica, es decir, la tarea de instauración del reino de Cristo, en política cristiana; la "consecratio mundi" en eficaz caudillaje. La cátedra de Pedro es entendida como "el Vaticano".

Tal vez el misterio de Juan XXIII consista en que, desde sus primeros actos, al aceptar el nombramiento y al tomar posesión de su catedral de San Juan de Letrán, se presentó como Obispo, sucesor de Pedro el pescador. Su congruencia con S. Pío X consiste evidentemente en el acento sacerdotal y episcopal de su servicio pontificio.

En los primeros años de su pontificado, el tópico periodístico fue el de la voluntad del papa de "despolitización" de la Iglesia. Era el único modo en que se podía decir lo que escapaba al catálogo de las posiciones de la política cristiana en el contexto democrático, en el que se quería seguir hablando de "centro", o de "centro izquierda". La dialéctica revolucionaria conseguiría después la mitificación "progresista" — extrema-izquierda — del humilde y manso hombre de Iglesia que tuvo como lema "Obediencia y Paz".

No tenemos perspectiva para aclarar el misterio de Juan XXIII. Pero sí es clara la razón de que no se le recuerda como abanderado de la desintegración modernista de la fe, también es desde ahora comprensible que no se le pueda citar como bandera de inquietud y anarquía en lo político y social, que no se pueda fomentar, con el recuerdo del amable anciano de secular sabiduría rural, el "conflicto de generaciones" y la "rebelión universitaria".

FRANCISCO CANALS VIDAL

Por falta de espacio nos vemos obligados a no publicar todo el original y documentación que teníamos programados sobre la persona y el pensamiento de JUAN XXIII, por lo que pensamos continuar su publicación en el próximo número.

Entre otros temas:

**LA ESPIRITUALIDAD DE JUAN XXIII
JUAN XXIII, SACERDOTE**

EL CONCILIO EN LA MENTE DE JUAN XXIII

El Concilio ecuménico Vaticano II inaugurado por Juan XXIII el 11 de octubre de 1962, pertenece a la Iglesia como el XXI Concilio Ecuménico, pero pertenece también por razón de paternidad al papa Juan.

Es bajo este segundo aspecto que tratamos aquí este tema, evidentemente la más trascendental obra emprendida por el Pastor Supremo en la tierra, en su servicio a la Iglesia. Aunque tan magna empresa no pudo ser concluida por él, dejó suficientemente patente ante todo el pueblo cristiano, cuáles eran sus anhelos y sus esperanzas para esta Asamblea y cuáles debían ser los beneficios que se derivarían de ella.

Es importante subrayar lo que el papa esperaba del Concilio y lo es también advertir lo que no esperaba de él. No podemos soslayar ahora, después de haber estado sometidos a toda clase de interpretaciones pseudoconciliares, que en el ánimo de Juan XXIII no había en absoluto nada de lo mucho que se ha atribuido, injustamente, falsamente, como suyo. Expresiones tales como "necesidad de reforma", "rectificación de normas", "superación de actitudes" y otras semejantes, que han sido lenguaje humanista y naturalista con que se ha querido interpretar la "hora conciliar" no las encontrará el lector en el lenguaje sobrenatural, paternal y sacerdotal del papa. Esto es hoy muy sorprendente y muy aleccionador.

Pero es mucho más aleccionador y reconfortante escuchar el positivo sentido sobrenatural de su ansia de renovación espiritual, de su insistente llamada a la conciencia católica para dirigirla al ideal verdadero de oración, de sacrificio, de santidad en suma.

Un Concilio es una asamblea episcopal reunida alrededor y bajo el papa, para deliberar cuestiones relativas a la fe y a las costumbres. Pero Juan XXIII dijo que la Iglesia no quería en esta hora solemne, condenar errores ni proclamar nuevos dogmas sobre cuestiones en discusión o en estudio.

Este es el punto de partida desde el que se justifica la oportunidad por parte de casi todos los medios de información para dar la interpretación unilateral y totalmente alejada de lo que en la mente del papa debía ser el Concilio. Ahí es donde aparecen, no vamos a referirlas ahora, oscuras y difuminadas intenciones de reforma, de rectificación, de, en definitiva, un congraciarse de la Iglesia con el liberalismo, según la conocida sentencia del Syllabus de Pío IX.

Pero desde este mismo punto de partida, no condenación de errores ni proclamación de nuevos dogmas,

hemos de ver una intención totalmente distinta de la que con tanta insistencia hemos oído proclamar. Con la palabra de Juan XXIII por delante vamos a ver cuál es esta verdadera intención.

Para ello, debemos jalonar el camino con dos afirmaciones fundamentales expuestas por Juan XXIII. Éstas, nos marcan un camino, una dirección que conducen a una meta muy alejada de cualquier atisbo de modernismo. Nos referimos en primer lugar, a un claro elogio de Juan XXIII para los anteriores Concilios, especialmente Trento y Vaticano I, los dos últimos, contra los que más se ha clamado desde lo que podríamos llamar, un sector reuanchista.

En segundo lugar, la reiterada fe en la advocación de María, de José y de todos los Santos como intercesores por el Concilio Ecuménico, a los que Juan XXIII no cesó un instante de referirse. ¿Quién diría que con estos guías, el camino de la Iglesia habría de torcerse durante la celebración del Concilio, hacia una disminución del contenido doctrinal y pastoral de lo más nuclear del magisterio de los anteriores Concilios y los últimos papas? Por eso se cernió un escandaloso silencio, flagrante omisión, sobre todas las palabras del papa que pudieran anunciar estas actitudes de piedad tradicional, tan frecuentes entre el pueblo cristiano, y de las que Juan XXIII, como pocos papas, era extraordinariamente devoto.

Teniendo presente todo lo que verdaderamente era el papa Roncalli, no resulta difícil ver cuál era la verdadera intención de la celebración de este Concilio universal, y sólo nos sorprende esta verdadera intención, si no hemos calado suficientemente su corazón extraordinariamente sacerdotal.

El Concilio Ecuménico debía ser una proclamación solemne de la antigua y moderna verdad cristiana: el Reino de Cristo. Quería el papa dar a conocer este ideal, a nivel verdaderamente católico, universal, teniendo presente que diversos "ismos" han podido oscurecer esta viva verdad, y que todos deben oírla como el llamamiento único de la Iglesia. El Reino de Cristo es reino de paz, de justicia, de verdad, de caridad.

Pero ¿cuál era la peculiar manera del Concilio de proclamar este ideal? Este es un aspecto en el que se muestra muy claramente el sentido sobrenatural de Juan XXIII al que se podría calificar como el papa de la esperanza cristiana.

La renovación espiritual, el revigoramiento de las costumbres cristianas, el acercamiento de los hermanos

separados, todos, en fin, los beneficios que de esa Asamblea esperaba, tenían que venir por la súplica unánime de todos los Pastores y sus fieles unidos a ellos, en un esplendoroso acto de adoración a Dios. Los solemnes actos litúrgicos, las universales súplicas elevadas en todo el ámbito del mundo cristiano, estaban, en la mente de Juan XXIII, por delante de las mismas deliberaciones conciliares. Eran el fundamento y la garantía de que los documentos elaborados por los obispos serían verdaderamente la levadura y la sal que necesita la vida cristiana. Juan XXIII era ante todo un hombre de Iglesia, un hombre de culto. Por ello en su mente, y así lo dijo expresamente, el Concilio ha de ser un gran Pente-

costés porque antes ha de ser una gran Epifanía. Éste es el punto clave para interpretar la genuina manera con que el papa se movía hacia la celebración de un gran Concilio Ecuménico.

La lectura de todos los párrafos aquí recogidos, y sobre todo una exhaustiva contemplación de todas las palabras que sobre el Concilio dijo y publicó ampliamente el papa Juan XXIII, acaban por convencernos y por entusiasmarlos por este ideal, que fue el del Concilio, y que en los tiempos actuales es el único plausible y eficaz: Confiar y perseverar en la oración.

JOSÉ M.^a PETIT SULLÁ

LA IGLESIA Y EL MUNDO ACTUAL

La Iglesia asiste hoy a una crisis real de la sociedad. Cuando la humanidad está en los comienzos de una nueva era, tareas de una inmensa gravedad y amplitud esperan a la Iglesia como en las épocas más trágicas de su historia. Se trata, en efecto, de poner en contacto con las energías vivificantes y perennes del Evangelio al mundo moderno; mundo que se vanagloria de sus conquistas en el campo técnico y científico, pero que soporta también las consecuencias de un orden temporal que por algunos se ha querido reorganizar prescindiendo de Dios. Por lo que la sociedad moderna se caracteriza por un gran progreso material al que no corresponde un avance igual en el campo moral. De aquí el debilitado anhelo de los valores del espíritu. De aquí la inclinación a buscar casi exclusivamente los goces terrenos que la técnica progresiva pone con tanta facilidad a disposición de todos. Y de aquí también un hecho enteramente nuevo, desconcertante: la existencia de un ateísmo militante, que opera en escala mundial.

Ante este doble espectáculo, el de un mundo que acusa un grave estado de indigencia espiritual, y la Iglesia de Cristo, todavía tan vibrante y llena de vitalidad, Nos, desde que subimos al Supremo Pontificado, a pesar de nuestra indignidad y por un gesto de la Divina Providencia, sentimos el ingente deber de reunir a nuestros hijos para dar a la Iglesia la posibilidad de contribuir más eficazmente a la solución de los problemas de la edad moderna.

(C. A. Humanae salutis, 25-XII-61)

Y si el Obispo de Roma extiende su mirada al mundo entero, de cuyo gobierno espiritual se ha convertido en responsable, por la misión que le ha conferido la ascensión al supremo apostolado, ¡oh!, qué espectáculo gozoso, por una parte, allí

donde la gracia de Cristo continúa multiplicando los frutos y prodigios de elevación espiritual, de salud y de santidad, en todo el universo; y qué espectáculo triste, por otra parte, ante el abuso y los compromisos de la libertad del hombre, que, ignorando los cielos abiertos y rechazando la fe en Cristo, Hijo de Dios, Redentor del mundo y Fundador de la santa Iglesia, se vuelve enteramente hacia la búsqueda de los pretendidos bienes de la tierra y, bajo la inspiración de aquél, que el Evangelio llama príncipe de las tinieblas, príncipe de este mundo, como Jesús mismo le califica en su discurso después de la cena, organiza la contradicción y la lucha contra la verdad y el bien, posición nefasta que acentúa la división entre lo que el genio de San Agustín llama las dos ciudades, manteniendo siempre activo el esfuerzo de confusión para engañar, si es posible, aun a los mismos elegidos, arrastrándoles a la ruina.

Para colmo de males, se añade, en relación con la falange de los hijos de Dios y de la santa Iglesia, la tentación y el atractivo de las ventajas de orden material, que el progreso de la técnica moderna — indiferente en sí misma — aumenta y exalta.

Todo ello — este progreso, decimos — se separa de la búsqueda de los bienes superiores, debilita las energías del alma, conduce al relajamiento del conjunto de la disciplina y del buen orden antiguo, con grave perjuicio de aquéllo que constituye la fuerza de resistencia de la Iglesia y de sus hijos frente a los errores que, en realidad, en el curso de la historia del cristianismo, llevaron siempre a divisiones fatales y funestas, a la decadencia espiritual y moral, a la ruina de las naciones.

(Anuncio del Sínodo, 25-I-59)

Las doctrinas que fomentan el indiferentismo re-

ligioso o niegan a Dios o el orden sobrenatural, las doctrinas que ignoran la Providencia en la historia o ensalzan sin consideración la persona humana con peligro de sustraerla a las responsabilidades sociales, es en la Iglesia donde han de oír la palabra valiente y generosa que ya ha sido pronunciada en un importante documento, en la Encíclica *Mater et Magistra*, donde se ha resumido el pensamiento de dos milenios de historia del cristianismo.

(Radiomensaje para el C. E., 11-XI-62)

Venerables hermanos y queridos hijos.

Lo mismo que del introito de la misa hemos sacado el auspicio para esta reunión, también en las lecciones del breviario de hoy encontramos enseñanzas útiles en lo que respecta al trabajo en que estamos empeñados.

Las palabras del apóstol de las gentes que allí se leen nos recuerdan que las dificultades son inseparables a la propagación de la sana doctrina. No podemos pensar que llegue la época de la perfecta tranquilidad sobre la tierra, ni creer que el enemigo de la verdad tenga un único aspecto. No confiamos demasiado en la ayuda y en la comprensión de las instituciones terrenas de cualquier orden porque — de buena o no buena voluntad —, éstas están preferentemente ocupadas e interesadas en el progreso puramente material y económico.

Debemos decirlo con tristeza, pero sin miedo y sin abatimiento. Las aspiraciones terrenas secan con frecuencia las nobles aspiraciones del hombre, y retarda los progresos de su perfeccionamiento con respecto a la vida eterna. Y Nosotros, debe-

mos repetirlo, estamos aquí por la causa del reino de Dios, y debemos dar ejemplo personal de este servicio que hacemos al hombre y a la familia humana.

(Clausura de la VI Sesión de la E. E.
mayo 1962)

Tomamos, por ejemplo, la idea del Concilio Ecuménico. ¿Cómo surgió? ¿Cómo se ha desarrollado? De una manera que, al contarlo, parece inverosímil, pues tan improvisado fue el pensamiento sobre su posibilidad y, sin más, se puso en marcha su realización.

En una conversación con el secretario de Estado, cardenal Tardini, comentábamos que el mundo estaba inmerso en graves angustias y problemas. Notamos, entre otras cosas, cómo se habla a voz en grito del deseo de paz y de unión, pero, por desgracia, todo acaba afinando las insidias y aumentando las amenazas. ¿Qué cosa puede hacer la Iglesia? ¿Debe la mística navecilla de Cristo permanecer quieta a las embestidas de las olas y ser llevada a la deriva; y no es precisamente de Ella de donde se espera no solamente un buen consejo, sino también la luz de un gran ejemplo? ¿Cuál podría ser esta luz?

El interlocutor escuchaba en actitud de reverente respeto y de espera. En un momento nos iluminó el alma una gran idea, advertida precisamente en aquel instante y acogida con indecible confianza en el divino Maestro; y nos salió a los labios una palabra, solemne y compleja. Nuestra voz la expresó por primera vez: Un Concilio.

(A las peregrinas venecianas, 8-V-62)

OBJETIVOS PRINCIPALES DEL CONCILIO

Por tanto, el próximo Concilio se va a reunir felizmente y en un momento en que la Iglesia observa más vivo el deseo de fortificar su fe y de contemplarse en su propia admirable unidad: cuando también siente más urgente el deber de dar mayor eficiencia a su sana vitalidad y de promover la santificación de sus miembros, la difusión de la verdad revelada, la consolidación de sus estructuras. Será esta una demostración de la Iglesia, siempre viva y siempre joven, que percibe el ritmo del tiempo, que en todos los siglos se va adornando con nuevo esplendor, que brilla con nuevas luces, que realiza nuevas conquistas aun permaneciendo siempre idéntica a sí misma, fiel a la imagen divina impresa sobre su rostro por el Esposo que la ama y protege, Cristo Jesús.

(Cons. A. Humanae salutis, 25-XII-61)

Es bueno recordar que el Concilio ha sido convocado, ante todo, porque la Iglesia Católica, en la fúlgida variedad de ritos, en la multiforme acción, en la inquebrantable unidad, se propone alcanzar nuevo vigor para su divina misión. Perennemente fiel a los sagrados principios sobre los que se apoya y a la inmutable doctrina que le fue confiada por el divino Fundador, la Iglesia, siguiendo siempre las huellas de la tradición antigua, se propone, con ferviente ardor, revigorizar la propia vida y cohesión, incluso de cara a tantas contingencias y situaciones de hoy para las cuales sabrá establecer eficientes normas de conducta y actividad.

(En la 1.ª Reunión de la Com. Antepreparatoria del C. E., 30-VI-59)

Al reanudar su estudio las Comisiones y los Secretariados continuaremos el camino emprendido,

confiando únicamente en la ayuda del Señor, con la idea que desde el principio manifestamos, o sea, que el Concilio Ecuménico despierte las energías de las obras católicas y las ponga, con mayor impulso, al servicio del pueblo cristiano y de sus necesidades.

Para decir en breve y decirlo todo, el Concilio quiere conseguir que el clero se revista de nuevo fulgor de santidad; el pueblo sea eficientemente instruido en la verdad de la fe y la moral cristiana; las nuevas generaciones, que crecen con la esperanza de tiempos mejores, sean rectamente educadas; se fomenten obras de apostolado social, y los cristianos tengan interés misionero; que es como decir, que tengan un corazón fraterno y amigable para todos y con todos.

(Aud. a la Com. Central Preparatoria
20-VI-61)

El ideal de la vida de todo redimido en este mundo, el ideal último de toda sociedad sobre la tierra, familia, nación, y universo entero, sobre todo y de modo especial, el ideal de la Santa Iglesia Católica y Apostólica, al que puede aspirar y colaborar un Concilio Ecuménico, es el triunfo de Cristo Jesús. Y en este crecimiento de Cristo en nosotros, *veritatem facientes in caritate* hallamos el verdadero y definitivo progreso.

(Dis. Pentec., 5-VI-1960)

Esta comprobación suscita en el corazón del humilde sacerdote que la indicación manifiesta de la divina providencia ha elevado, a pesar de su indignidad, a este soberano Pontificado, ella suscita, decimos, una resolución decidida de volver a ciertas formas antiguas de afirmación doctrinal y de sabios ordenamientos de la disciplina eclesial que en la historia de la Iglesia, en una época de renovación, dieron frutos de extraordinaria eficacia para clarificar el pensamiento, fortificar la unidad religiosa, reavivar el fervor cristiano, que Nos continuamos reconociendo, aun en relación con el bienestar de la vida aquí abajo, como una riqueza abundante "de rore coeli et de pinguedine terrae" (del rocío del cielo y de la abundancia de la tierra) (Gén., XXVII, 28).

Venerables hermanos y queridos hijos: Con un poco de temblor por la emoción, pero al mismo tiempo con una humilde resolución en nuestra determinación, pronunciamos delante de vosotros el nombre de la doble celebración que nos proponemos: un Sínodo diocesano para Roma y un Concilio ecuménico para la Iglesia universal.

(Anuncio del Sínodo, 25-X-59)

Lo que principalmente atañe al Concilio Ecuménico es esto: que el sagrado depósito de la doctrina cristiana sea custodiado y enseñado en forma

cada vez más eficaz. Tal doctrina comprende al hombre entero, compuesto de alma y cuerpo, al cual, como peregrino que es sobre la Tierra, le enseña que debe aspirar hacia el cielo. Esto demuestra que se debe ordenar nuestra vida mortal de modo que, cumpliendo nuestros deberes de ciudadanos de la Tierra y del cielo, consigamos el fin establecido por Dios. Lo cual quiere decir que todos los hombres, particularmente considerados o reunidos socialmente, tienen el deber de tender sin tregua, durante toda su vida, a conseguir los bienes celestiales y a usar, llevados de este solo fin, los bienes terrenos, sin que el empleo de los mismos comprometa la felicidad eterna. Ha dicho el Señor: "*Buscad primero el reino de Dios y su justicia*". Estas palabras primero expresan la dirección hacia la que deben moverse nuestros pensamientos y nuestras fuerzas, pero que no han de olvidarse las otras palabras de este precepto del Señor: "*...y todo lo demás se os dará por añadidura*".

(Aloc. Sesión inaugural C. E., 11-X-62)

Séanos permitido renovar aquí para dirección común y aliento en nuestros estudios ante el trabajo que a todos nos espera, cuanto quisimos expresar, en nuestro discurso inaugural del 11 de octubre pasado, en el día tan solemne de la esplendorosa apertura del Concilio. Dijimos entonces a la inmensa corona de los venerables hermanos en el episcopado, reunidos por primera vez en número tan importante junto al sepulcro de Pedro, que esto es el Concilio y esto es lo que ante todo le corresponde: la fidelidad a las bases doctrinales permanentes e intangibles del depósito sagrado de la fe y del respeto a las tradiciones más puras de la enseñanza de la Iglesia.

Pero añadimos en seguida que nuestro deber no es sólo custodiar este tesoro precioso, como si nos preocupásemos tan sólo de la antigüedad; sino dedicarnos con pronta voluntad y sin temor a aquella obra de derivar de la antigua y perenne doctrina y aplicarla a las condiciones de nuestro tiempo; lo que significa proseguir el camino de la Iglesia, maestra de almas y gentes en la sucesión de los siglos.

El "punctun saliens" — decíamos en aquel discurso de apertura solemne del Concilio — no es, por tanto, la discusión de este o aquel tema de la doctrina fundamental de la Iglesia, como repetición difusa de la enseñanza de los padres y de los teólogos antiguos y modernos, que se supone está bien presente y es familiar al espíritu. Para esto no era, en realidad, necesario un Concilio. De la renovada, serena y tranquila adhesión a todas las enseñanzas de la Iglesia en su integridad y preci-

sión, tal como aún brilla en las actas conciliares desde Trento al Vaticano I, el espíritu cristiano, católico y apostólico del mundo entero espera un paso adelante hacia una penetración doctrinal y una formación más viva de las conciencias, en perfecta fidelidad a la auténtica doctrina; pero ésta estudiada y expuesta a través de las formas de la investigación y de la formulación literaria del pensamiento moderno..., midiéndolo todo dentro de las formas y proporciones de un magisterio con carácter prevalentemente pastoral.

(Aloc. al Sag. Col. Cardenalicio, 23-XII-62)

A los hombres se les debe enseñar lo que concierne a la fe verdadera y las buenas costumbres, y se les debe recordar cada vez más cuál es la íntima naturaleza de la Iglesia y su misión, sus fines. En efecto, cuanto más radiante resplandezca el rostro de la Madre Iglesia, con tanto más intenso ardor la amarán los hombres y con tanto más dócil ánimo emplearán los medios de salvación que Ella ofrece y obedecerán sus leyes.

(Motu proprio, 6-XIII-62)

Esta palabra "regnum Dei" da una expresión amplia y precisa de los trabajos del Concilio. "Regnum Dei" significa, y es una realidad, la Ecclesia Christi, una, sancta, catholica apostolica, como Jesús, el Verbo de Dios hecho hombre, la fundó, después de veinte siglos la conserva y como aún hoy la vivifica con su presencia y con su gracia, siempre dispuesto a renovar en favor de ella los antiguos prodigios, que en el sucederse de los tiempos, a veces ásperos y difíciles, la llevaron, de ataque en ataque, de guerra en guerra, a multi-

plicar las victorias del espíritu. Victorias de la verdad sobre el error, del bien sobre el mal, del amor y de la paz sobre las divisiones y sobre las luchas.

Los términos de la contradicción: el bien y el mal, quedan en pie y quedarán en el porvenir, porque el albedrío humano tendrá siempre libertad para expresarse y posibilidad de descarriarse: pero la victoria final y eterna en cada una de las almas escogidas y en las almas escogidas de cada nación será de Cristo y de su Iglesia.

Nos parece ahora oportuno y feliz recordar el simbolismo del cirio Pascual. En un momento de la liturgia, he aquí que su nombre resuena: "Lumen Christi". La Iglesia de Jesús desde todos los puntos de la tierra responde: "Deo gratias, Deo gratias", como si dijese Sí: "lumen Christi: lumen Ecclesiae: lumen gentium".

Después de todo ¿qué viene a ser un Concilio Ecuménico sino el renovarse de este encuentro del rostro de Jesús resucitado, rey glorioso e inmortal, radiante en toda la Iglesia para salud, alegría y resplandor de las naciones?

(Radiomensaje para el C. E. - 11-IX-62)

El Concilio Ecuménico, siendo en realidad la reunión de los sucesores de los Apóstoles, a quienes el Salvador divino confió el mandato de enseñar a todas las gentes, instruyéndolas en observar todas las cosas que Él había mandado, quiere significar una más alta afirmación de los derechos divinos sobre la humanidad redimida por la sangre de Cristo y de los deberes que conducen a los hombres hacia su Dios y Salvador.

(Encíclica Penitentiam agere - 1-VII-62)

LOS CONCILIOS ANTERIORES AL VATICANO II

Por este motivo, acogiendo como venida de lo alto una voz íntima de nuestro espíritu, hemos creído estar ya maduros los tiempos para ofrecer a la Iglesia católica y al mundo el don de un nuevo Concilio Ecuménico, en correspondencia y continuación de la serie de los veinte grandes concilios que fueron a lo largo de los siglos un verdadero medio providencial para incremento de gracia y de progreso cristiano.

(C. A. "Humanae salutis" - 25-XII-61)

Venerables hermanos y queridos hijos nuestros:

El vuestro es un noble ejemplo que da aliento a todos, y que Nos habrá de sostener en los meses de trabajo, desde el próximo enero a los primeros días de septiembre del año entrante. Es grato destacar un primer y singular atractivo que se anuncia, al cumplirse en 1963 el IV Centenario de la conclusión del Concilio Tridentino, que tanto bien

produjo a la santa Iglesia incluso a lo largo de los siglos.

(Aloc. al S. Col. Cardenalicio - 23-XII-62)

¡Queridos hijos! Reflexionando sobre los dos últimos Concilios de la historia de la Iglesia, el Tridentino y Vaticano I, quedamos sorprendidos.

El Tridentino señaló la renovación del fervor apostólico y la reconstrucción animosa e impresionante allí por donde había pasado el huracán.

Los padres estudiaron, discutieron, elaboraron las constituciones con infinita paciencia y constancia. Obstáculos de toda índole, intromisiones seculares, retrasos a veces inexplicables, todo se superó con la seguridad que inflamó a la Iglesia de Cristo de que no debía ceder de ninguna manera ante quien quería reducir el sagrado patrimonio de la Revelación.

La intrepidez de los más calificados doctores de

la época y la mansedumbre de los santos coronaron el *opus maximum* del siglo xvi.

(A las peregrinas de Bergamo - 30-IV-61)

De hecho un Concilio es un acontecimiento destinado a dejar una huella indeleble en la Historia de la Iglesia. Ha sido así en todos los que ya se celebraron, en esas veinte constelaciones que brillan en la Iglesia y que encantan y fascinan la mente en la consideración de todas las grandiosas consecuencias de ellas derivadas por lo que respecta a la pureza de la doctrina, la santidad de las costumbres, la piedad religiosa, la disciplina eclesiástica, el impulso misionero...

Las disposiciones de los diversos Concilios han sido el germen fecundo del que, en todas las épocas, han germinado empresas de todo género. Al Concilio Lateranense IV, por ejemplo, siguió una organización precisa y generosa de la evangelización en las regiones devastadas por la herejía. Después del Concilio de Trento, más cercano a nosotros y por tanto más familiar, hubo un florecer de instituciones para el incremento de la caridad, para la tutela de la sana doctrina, para una mayor y más amplia santificación del clero.

(A la Com. Central Preparatoria del C. E.
12-VI-61)

Los Concilios Ecuménicos del pasado han respondido preferentemente a varias e importantes preocupaciones de exactitud doctrinal relativas a la *lex credendi*, a medida que las herejías y erro-

res intentaban penetrar en la antigua Iglesia en Oriente y Occidente.

En Nicea se puso en discusión la Divinidad del Verbo Divino hecho hombre por la salvación del género humano: el error de Arrio. En Efeso, la preocupación grave versó sobre la unidad de la persona del Verbo en las dos naturalezas y la maternidad de María, la Theotocos. En Calcedonia nuevas querellas y discusiones sobre la distinción de las mismas dos naturalezas. En el siglo xvi se había puesto en peligro *funditus* la constitución de la Iglesia, y en Trento se debió y se logró de hecho restablecer todo sobre las antiguas bases: fe, culto sacramentos, disciplina: todo fue restablecido sobre sólidas bases y puesto en clarísima luz. Finalmente, el Concilio Vaticano I, en el breve espacio de tiempo que le fue concedido, con todo vigor revisó nuevamente la divina constitución de la Iglesia, en particular lo relativo a la infalibilidad, *in rebus fidei et morum*, del Romano Pontífice.

Venerables hermanos y queridos hijos nuestros:

El vuestro es un noble ejemplo que da aliento a todos, y que Nos habrá de sostener en los meses de trabajo, desde el próximo enero a los primeros días de septiembre del año entrante. Es grato destacar un primer y singular atractivo que se anuncia, al cumplirse en 1963 el IV Centenario de la conclusión del Concilio Tridentino, que tanto bien produjo a la santa Iglesia incluso a lo largo de los siglos.

(Aloc. al S. Col. Cardenalicio, 23-XII-62)

LA UNIÓN CON LOS HERMANOS SEPARADOS

En un momento, además, de generosos y crecientes esfuerzos que desde diversas partes se realizan a fin de reconstruir aquella unidad visible de todos los cristianos que responda a los deseos del Divino Redentor, es muy natural que el próximo Concilio contenga las premisas de claridad doctrinal y de caridad recíproca que harán todavía más vivo en los hermanos separados el deseo del augurado retorno a la unidad y vayan explanando el camino para ella.

(C. A. Humanae salutis - 25-XII-61)

Esperamos vivamente, venerables hermanos, que Dios Omnipotente y los celestiales Patronos escuchen nuestras súplicas y la Iglesia, brillando en todo su esplendor, ofrezca a todo el mundo un admirable espectáculo de unidad, verdad y caridad que

atraiga a todos aquellos que todavía están fuera de su seno maternal.

(C. A. Celebrandi Concilii Oecumenici - 11-IV-61)

La confianza en esta sobrenatural eficacia de la oración de la Iglesia, y de manera especial del oficio divino, nos ha hecho pedir con esta exhortación a todos los que participan, por misión oficialmente recibida de la Iglesia, que lo ofrezcan particularmente por el feliz resultado del Concilio, para que, buscando los rasgos de la juventud más fervorosa de la Iglesia, brille más intensamente el resplandor de su faz. "De esta manera se dará al mundo un admirable espectáculo de verdad, de unidad, de caridad; y aquellos que están separados de esta sede apostólica encontrarán una amable invitación a aproximarse y llegar a la unidad, que Cristo imploró con ferviente oración" (Enc. "Ad Petri Cathedram").

(Ex. A. Sacrae laudis - 10-II-62)

SENTIDO SOBRENATURAL DEL CONCILIO

No queremos olvidar a los periodistas, que han manifestado siempre tanta corrección, aunque a veces también con un poco de impaciencia, un vivo deseo de ser informados sobre los actos referentes al Concilio. También a ellos dirigimos Nuestro agradecimiento por su amable atención, al mismo tiempo que les invitamos paternalmente a reflexionar, pues un Concilio Ecuménico no es una Academia ni un Parlamento, sino un solemne encuentro de toda la sagrada Jerarquía, para todas las cuestiones referentes a la vida de la Iglesia.

* * *

Invitamos a uno y otro Clero, y a todo el pueblo cristiano a elevar, unido con el Romano Pontífice, ardientes ruegos al cielo, para que resplandezca siempre en la Santa Iglesia aquella admirable unidad y recíproca concordia de que ahora goza. Tratóndose verdaderamente de una iniciativa de tan grande importancia, las energías y esfuerzos del hombre no son suficientes para cumplirla. Es necesario, por tanto, que nuestra pobreza sea remediada con la ayuda del Altísimo.

(Aud. Com. Central Preparatoria - 20-VI-61)

Queridos hijos: El espíritu sobrenatural es cosa grave e importante. No es comparable un Concilio Ecuménico y un tratado de política nacional o internacional.

(Dis. de Pentecostés - 5-VI-60)

¡Oh Dios Omnipotente! En Ti ponemos toda nuestra confianza desconfiando de nuestro esfuerzo. Mira benigno a estos Pastores de tu Iglesia. La luz de tu gracia nos ayude tanto al tomar decisiones como al formular leyes y escucha clemente las oraciones que te elevamos con unanimidad de fe, de palabra y de alma.

(Aloc. Sesión inaugural C. E. - 11-X-62)

Dios nos lleva. Nos lleva como somos y con lo que tenemos: con las riquezas tuyas que nosotros tenemos y con nuestras miserias.

Tuve presente este mismo pensamiento cuando acepté hace cuatro años la sucesión de San Pedro y en todo lo que ha ido sucediendo después, día a

día, hasta el anuncio y la apertura del Concilio Ecuménico.

En lo que concierne a mi humilde persona, no deseo referirme a aspiraciones especiales. Me atengo a la sana doctrina que enseña que todo viene de Dios. En esta misma perspectiva yo he considerado como una inspiración celestial la idea del Concilio que acaba de abrirse el 11 de octubre. Este día os puedo asegurar que estaba fuertemente emocionado.

En esta hora providencial e histórica, he estado especialmente atento a mi deber en el momento presente, que consiste en recogerme, en orar y en dar gracias al Señor. Sin embargo, mi mirada se dirigía frecuentemente hacia tantos hijos y hermanos. Y desde que ella se posó en vuestro grupo, en cada una de vuestras personas, he encontrado en vuestra presencia un motivo de consuelo.

(Dis. a los Observadores Delegados en el C. E.

13-X-62)

Conocéis sin duda que el Concilio Ecuménico que estamos preparando y que dentro de poco celebraremos es la gran esperanza para Nuestro tiempo y donde tenemos puesto nuestras miras para que la renovación espiritual sea como una florida primavera. Todo lo cual sucederá, si la fe apostólica, por la cual Cristo oró al Padre sana y pura, brillante y eficaz, libre de insidias internas y externas rige las mentes y las costumbres.

(Carta en el XIX Centenario de Santiago el Menor)

En esta hora de gozo exultante el Cielo está como abierto sobre nuestras cabezas y desde allí se derrama sobre nosotros el fulgor de la corte celestial, para infundirnos certeza sobrehumana, espíritu sobrenatural de fe y alegría y paz profunda. Con esta luz, en espera del próximo retorno, os saludamos a todos, venerables hermanos, "in osculo pacis" (Rom. 16, 16) mientras invocamos sobre vosotros las abundantísimas bendiciones del Señor, de las cuales quiere ser prenda y promesa la bendición apostólica.

(Dis. en la Claus. de la I Sesión Conciliar)

INTERCESIÓN DE LA VIRGEN Y DE LOS SANTOS

Puesto que se intensifican los trabajos preparatorios del Concilio y se hace más urgente la necesidad de renovar las oraciones, deseamos, venerables hermanos, que la próxima fiesta de Pentecostés vaya precedida — como es costumbre — de una solemne novena de súplicas y se celebre en toda la Iglesia, en unión con Nos, con fervientes

plegarias al Espíritu Santo para que asista de modo especial a aquellos que prestan su activa cooperación en la preparación del Concilio. Que el Divino Paráclito, fuente viva, fuego y caridad, ilumine sus mentes y les colme de la gracia de lo alto.

Invóquese la poderosa intercesión de la Virgen María, Madre de Dios, que es Madre de la

gracia y celestial Patrona del Concilio; invóquese el patrocinio de San José, su castísimo esposo, a cuya protección confiamos ha poco el Concilio.

Carta Apost. *Celebrandi Concillii Oecumenici*
11-IV-61

Nos place terminar esta exhortación con un trozo de ese maravilloso libro de consuelo, el "Apocalipsis", que puede servir de sustancioso alimento para la meditación, especialmente de los sacerdotes. En él se describe como una verdadera liturgia que se desarrolla en el cielo: "Y vino otro ángel y se detuvo junto al altar, teniendo un incensario de oro, y le fueron dados muchos perfumes, para que hiciese su ofrenda con las oraciones de todos los santos sobre el altar de oro que está en presencia del trono. Y subió uno de los perfumes con las oraciones de los santos de mano del ángel en el acatamiento de Dios. Y tocó el ángel el incensario, y lo llenó del fuego del altar, y lo arrojó a la tierra." (Apoc., 8, 3-5; Cfr., 5, 8) Es sugestiva esta imagen de la influencia que la oración de los santos, de la Iglesia, por la bondad y misericordia de Dios, tiene sobre el curso de los acontecimientos y de la historia humana.

(Ex. A *Sacrae laudis* - 10-II-62)

¡Oh María, auxilio de los cristianos, auxilio de los obispos, de cuyo amor recientemente hemos tenido particular prueba en tu templo de Loreto, en el cual quisimos venerar el misterio de la Encarnación! Dispón todas las cosas para un feliz y pro-

picio éxito y, junto con tu esposo San José, con los santos Apóstoles Pedro y Pablo, con los santos Juan, el Bautista y el Evangelista, intercede por nosotros ante Dios. A Jesucristo, nuestro adorable Redentor, Rey inmortal de los pueblos y de los siglos, sea el amor, el poder y la gloria por los siglos de los siglos. Amén.

(Alc. en la Sesión inaugural del C. E.)

Venerables hermanos:

La primera sesión de los trabajos de la Asamblea ecuménica, iniciada en la fiesta litúrgica de la Divina Maternidad de María, se cierra en este día de la Inmaculada Concepción, en los fulgores de gracia, que difunde la Madre de Dios y Madre nuestra. Como un místico arco enlaza la ceremonia presente con el espléndido comienzo del 11 de octubre pasado. Las dos fechas litúrgicas del 11 de octubre y del 8 de diciembre dan suave y mística entonación a la oración de acción de gracias.

Pero el íntimo significado de estas dos festividades se hace más conmovedor recordando que nuestro predecesor, Pío IX, el Papa de la Inmaculada, inauguró el Concilio Vaticano I en esta misma solemnidad mariana.

Es hermoso recoger estas confortadoras coincidencias que, a la luz de la Historia, dan a entender cómo muchos grandes acontecimientos de la Iglesia se desarrollan bajo la luz de María, como testimonio y garantía de su maternal protección.

Dic. Clausura Primera Sesión C. E.

ORACIÓN Y SACRIFICIO POR EL ÉXITO DEL CONCILIO

El Concilio Ecuménico, mejor que una nueva y grandiosa Pentecostés, ¿no se diría que quiere ser una verdadera y nueva epifanía, una de tantas, pero una de las más solemnes manifestaciones que han aparecido y aparecen en el curso de la Historia?

* * *

Y puesto que junto al sacrificio de la misa diaria que sobrepasa toda forma de súplica litúrgica, no hay nada más precioso para un sacerdote que la recitación de las alabanzas divinas o del Breviario, juzgamos oportuno señalar a todos los ungidos del Señor, que están obligados a la recitación de esta plegaria, como singular forma de devoción para la preparación del Concilio, un intenso cuidado y preocupación en la recitación del oficio divino diario, bajo las bóvedas grandiosas o modestas de templos o capillas, o reunidos en coro — que es la forma de súplica más perfecta — o cada uno en privado, pero siempre como *sacrificium laudis* en nombre de la Iglesia universal.

(Ex. Apost. *Sacrae laudis* - 10-II-62)

Esta contribución de oración en privado y en común para el Concilio, es esencial para los sacerdotes y los fieles. Sea del agrado de todos, si a las frecuentes exhortaciones ya pronunciadas por Nos, añadimos una nueva invitación: La Santa Misa, el Breviario, el Rosario, ¡qué grandes recursos para alimentar el fervor, la animación y la santa exaltación del pueblo cristiano!

(Al término de la fase preparatoria del C. E.)

Ahora bien, si interrogamos a los libros del Antiguo y del Nuevo Testamento, vemos que todos los gestos de los más solemnes encuentros entre Dios y la humanidad — para expresarnos en lenguaje humano — han estado siempre precedidos por una persuasiva exhortación a la oración y a la penitencia. En efecto, Moisés no entrega al pueblo hebreo las tablas de la Ley divina sino después que éste ha hecho penitencia por los pecados de idolatría y de ingratitud. Los profetas exhortan incesantemente al pueblo de Israel para que supliquen a Dios con corazón contrito a fin de cooperar al cumplimiento de los designios de la providencia

que acompañan toda la historia del pueblo elegido. Conmovedora es entre todas la voz del Profeta Joel que resuena en la sagrada liturgia cuaresmal: "Así, pues, dice el Señor: Convertíos a Mí con todo vuestro corazón en el ayuno, en las lágrimas y en los suspiros, y desgarrad vuestros corazones y no vuestros vestidos. Entre el vestíbulo y el altar, los sacerdotes, ministros del Señor, llegarán y dirán: Perdona, Señor, perdona a tu pueblo y no abandones tu herencia al oprobio de ser dominada por las naciones".

Siguiendo el ejemplo de nuestros predecesores, también Nos, venerables hermanos, deseamos ardentemente invitar a todo el mundo católico — clero y laicado — a prepararse para la gran celebración conciliar con la oración, las buenas obras y la penitencia. Y puesto que la oración pública es el medio más eficaz para obtener las gracias divinas, según la promesa misma de Cristo: "Donde están dos o tres reunidos en mi nombre, Ya estoy en medio de ellos", es preciso, pues, que los fieles todos sean "un corazón solo y un alma sola" como en los primeros tiempos de la Iglesia, e impetren de

Dios, mediante la oración y la penitencia, que este extraordinario acontecimiento produzca aquellos frutos saludables que están en la esperanza de todos, es decir, una tal reavivación de la fe católica, un tal refloreamiento de caridad y de las buenas costumbres cristianas, que despierte, incluso en los hermanos separados, un vivo y eficaz deseo de unidad sincera y operante, en un único rebaño, bajo un solo pastor. A este fin os exhortamos, venerables hermanos, a promover en cada una de las parroquias de la diócesis a cada uno de vosotros confiadas y en las proximidades del Concilio mismo, una solemne novena en honor del Espíritu Santo para invocar sobre los Padres del Concilio la abundancia de las luces celestiales y de las divinas gracias. A tal respecto, queremos poner a disposición de los fieles los bienes, el tesoro espiritual de la Iglesia, y por ello concedemos, a todos aquellos que tomen parte en la dicha novena, indulgencia plenaria, que se ganará en las condiciones acostumbradas.

(Encíclica *Penitentiam agere* - 1-VII-62)

LA DEVOCION MARIANA DE JUAN XXIII

"Los Romanos Pontífices, en el decurso de los siglos, siempre han considerado dulcísimo deber y altísimo honor el rodear de luz a la Virgen, esto es, ilustrar a las mentes de los fieles sobre las grandes verdades reveladas por Dios en relación con su Santísima Madre..." (1). El fervor e intensidad de la devoción mariana del papa Juan XXIII son un hecho palpable a lo largo de toda su vida, reflejada vivamente en el "Diario del alma" y manifestada, de un modo especial, en el ejercicio del "dulcísimo deber y altísimo honor" que como romano pontífice llevó a cabo de un modo continuo y persistente. De la riqueza y profundidad de esta enseñanza queremos dar aquí un testimonio que estimule a acudir a la fuente directa de sus encíclicas, mensajes y alocuciones.

* * *

Es conocida la sencillez con que gustaba dirigirse a los fieles en las audiencias generales, y así es de su misma boca que conocemos esta sencilla historia: Un 21 de noviembre — festividad del nombre de María — una madre llevando a su pequeño de la mano se dirigía a un santuario de María, denominado *Alle Caneve*. Al llegar al templo no pueden entrar por estar lleno de fieles y el niño no alcanza a las ventanas laterales de la

puerta de entrada para ver a la venerada imagen de la Virgen. Entonces la madre, presurosa, levantó al niño en sus brazos diciendo: "Mira, mira a la Señora, es la Virgen del 21 de noviembre, María Santísima presentada en el Templo".

Es el primer recuerdo claro y nítido que el papa conserva de su infancia y de su madre. ¡Qué felicidad tan suave y profunda — dice el papa — al pensar que este primer recuerdo es un acto de devoción a la Madre celestial! (2)

* * *

Esta devoción recibida en la infancia, en el hogar numeroso, pobre y cristiano de los Roncalli, fundada en la tradición y exteriorizada en seculares formas de piedad popular, es la que — llegado al Pontificado — deseó inculcar al pueblo cristiano: "Así, pues, queridos hijos, huid de todo lo que singulariza, buscad por el contrario la devoción mariana más confirmada por la tradición, tal como nos ha sido transmitida desde los orígenes a través de las fórmulas y plegarias de sucesivas generaciones cristianas de Oriente y de Occidente" (3).

Frente a las corrientes minimalistas que han acusado al pueblo cristiano de desviación y exageración en la

(1) Radiomensaje del 28-VIII-59.

(2) Audiencia General del 21-XI-62.

(3) Audiencia General del 15-VI-59.

piEDAD mariana, hablando al Capítulo General de la Orden de los Cistercienses reformados, atribuía esta forma de pensar a la «falta de un perfecto conocimiento del conjunto de la doctrina católica», añadiendo: «por cierto, casi no se produce esto en el seno de las familias religiosas, pero ciertas infiltraciones de estas tendencias son siempre posibles y no es imposible que tal alma más sensible o más delicada se sienta turbada. En esto también el apego a vuestras tradiciones os defenderá y os librerá de toda preocupación a este respecto. Y mañana como ayer, una filial devoción a aquella que invocáis como la *Reina del Cister* atenuará y hará más suave a vuestras almas religiosas la austeridad de vuestras observancias» (4).

No faltan quienes en nombre de una pretendida profundización de la Mariología y de una mejor penetración de la substancia de la doctrina católica recorran caminos dudosos o ya de antiguo condenados (5) en apoyo de los cuales se invocará, si es preciso, el espíritu o la línea de Juan XXIII, sin que para ello sea obstáculo la implícita condena que el papa hizo de toda enseñanza que se opusiera a la doctrina tradicional al afirmar que

«es solidísimo, fundado como está en verdades tan luminosas nuestro obsequio a la Señora... y lo esencial es que bajo la guía infalible de la Iglesia se ha sabido apreciar siempre y bien la sustancia de nuestra doctrina que nos presenta a María junto a Jesús, Madre del Redentor y Madre nuestra» (6).

* * *

«Es fácil comprobar que en nuestro tiempo el culto a María toma cada día mayor incremento» (7).

Dios quiere que todos los hombres se salven y en su divina Providencia tiene dispuesta la concesión de medios extraordinarios para los tiempos cada vez más difíciles que toca vivir a los hombres. Así en Paray-le-Monial llega la revelación de la devoción al Corazón de Jesús (8). Y luego, para más fácilmente comprenderla y alcanzarla se nos revela otro medio: la devoción al Corazón Inmaculado de María. Así lo proclama CRISTIANDAD en su lema: *Al Reino de Cristo por los Corazones de Jesús y María*. De esta intervención extraordinaria de María en la economía de la salvación habló con frecuencia Juan XXIII:

«En nuestra época — como los cristianos frecuentemente han tenido ocasión de experimentar y ex-

(4) Allocución de 1-IX-62.

(5) Cf. CRISTIANDAD, núm. 442, pág. 235. «*Muchos sacerdotes niegan la virginidad de María*».

(6) Allocución del 21-XI-62.

(7) Motu proprio del 8-XII-59.

(8) La devoción al Corazón de Jesús nació en el Calvario, pero las revelaciones de Sta. Margarita María indican la forma en que quiere ser amado y honrado en los tiempos actuales.

perimentan aún — la augusta Madre de Dios hace sentir, de un modo especial, su presencia y su ayuda en las vicisitudes humanas. Cuanto más se enfría la caridad, con tanta mayor vehemencia Ella llama a sus hijos a sentimientos de piedad, de amor a la virtud, de penitencia por los propios pecados. Y mientras se agravan las amenazas de las desgracias que vienen de todas partes, vemos que Ella, clementísima y Mediadora, implora por nosotros a la divina misericordia y nos aleja el merecido castigo por las culpas. Tenemos, pues, una Patrona que puede muchísimo cerca de la divina majestad, tenemos una Madre que, con corazón piadosísimo, compadece todos los sufrimientos de sus hijos. Por tal razón, cualquiera que, arrojado en la tempestad de este mundo, se niega a acudir a su mano que socorre, pone en peligro su salvación» (9).

«Nuestra época, por señales inequívocas, parece ser de índole mariana, y cada día se ve con mayor claridad que el camino para que los hombres vuelvan a Dios está tutelado por María; que María es nuestra más poderosa confianza, la base de nuestra seguridad, la razón de nuestra esperanza». Y haciendo suyas unas palabras de S. Bernardo, termina diciendo: «Veneremos, pues, a María con todas las fibras de nuestro corazón, con todos los afectos del alma y con todas nuestras aspiraciones, porque ésta es la voluntad de quien ha querido que nosotros lo tengamos todo por medio de María. Ésta, repito, es su voluntad, pero a favor nuestro; puesto que en todas las circunstancias y por todos los medios, mirando por nosotros, desgraciados, nos calma el desasosiego, excita la fe, robustece la esperanza, aleja la desconfianza, levanta la pusilanimidad» (10).

* * *

Éste es el mensaje de fe y de amor que Juan XXIII vivió y transmitió al pueblo cristiano al dar testimonio también de las manifestaciones sensibles de esta intervención de María en las apariciones de Lourdes, Fátima, Guadalupe...

Entre sus recuerdos más vivos se encuentra la visita que hizo a Fátima dos años antes de ser elevado a la Silla de Pedro. Explicó, en una ocasión, cómo estando en oración en Cova de Iria le sobrevino la tierna visión de la iglesia parroquial de su pueblo natal, donde, a los lados del altar, se encontraban las dos dulces imágenes del Corazón de Cristo y del Corazón de María como para decir: **sobre la tierra tenemos necesidad de aliento, de protección, de maternal asistencia. Ahí está el aliento que brota de la fuente infinita del Corazón de Nuestro Señor, allí están las constantes e incompa-**

(9) Exhortación del 27-IV-59.

(10) Allocución a las Congregaciones Marianas del 20-VIII-59.

rables caricias del Corazón Inmaculado de María (11).

Son frecuentes sus referencias, en alocuciones y discursos a estos recuerdos y sentimientos espirituales que le dejaron sus numerosas peregrinaciones a diversos santuarios. Siendo niño, acompañado de sus padres y hermanos. Más tarde, ya seminarista, con los demás compañeros, en peregrinaciones llenas de fervores y entusiasmos. Luego, obispo y cardenal, al frente de su grey o como legado pontificio seguirá mostrando su entusiasmo juvenil en peregrinar a los lugares santificados por la Virgen en la tierra.

Uno de los santuarios que más veces le vio llegar como peregrino, es el de Lourdes. ¡Cuántas veces — ya obispo de Roma — confiaba a los peregrinos que partían hacia Lourdes su pesar por no poder acompañarles! Entre sus numerosos discursos nos quedamos con éste que bien pudiera aplicarse a todos los santuarios marianos:

«¡Cuántos espíritus oscurecidos recibieron en Lourdes la luz, cuántos corazones tibios o endurecidos el fervor del retorno a Dios, cuántas voluntades vacilantes la fuerza de la perseverancia! En el silencio de una muda oración o entre las aclamaciones eucarísticas y marianas, las almas generosas han encontrado el gozo de una entrega de sí más completa; los enfermos han recibido allí, si no siempre la curación, al menos sí, la resignación y la serenidad en la ofrenda de sus sufrimientos, mientras que los moribundos aprendían, también allí, a hacer en paz el sacrificio de su vida. ¡Qué bella es a los ojos de Dios esta historia secreta, escrita solamente en los corazones: historia de las victorias de Dios que nos ha arrebatado al imperio de las tinieblas para trasladarnos al reino de su Hijo muy amado, en el que hemos alcanzado la Redención, la remisión de los pecados' (Col. 1, 13-14).

»En verdad, 'misericordias Domini in aeternum cantabo' (Ps. 88, 1), porque por las manos de su divina Madre el Señor ha prodigado su misericordia en esta ciudad de la oración, de la conversión y del milagro» (12).

* * *

En la línea constante seguida por los papas de la edad moderna, cada año, en dos ocasiones señaladas, Juan XXIII se dirigía al pueblo fiel para confiarle su ardiente deseo de una mayor y más profunda piedad mariana, enraizada en dos devociones tradicionales: el Mes de María en mayo y el Rosario en octubre.

Fue persistente y confiada su exhortación a los sacer-

dotes, para que en aquellos lugares donde estas formas de piedad se hubieran hecho rutinarias, en lugar de seguir el camino fácil de suprimirlas — no ya de denigrarlas — emprendieran en cambio, animosamente, la tarea de revivirlas enseñando a los fieles todo su valor. Por eso su primera palabra se dirigía siempre a los sacerdotes, como quienes, más que los demás, debían practicar y vivir estas devociones.

«El Rosario bendito de María es la devoción propia de los sacerdotes y queremos ponerles como ejemplo a imitar a San Juan María Vianney, el Santo Cura de Ars, a quien nos gusta contemplar conmovidos mientras con singular piedad corren las cuentas del Rosario por sus manos. Que los sacerdotes tomen estímulo de su ejemplo para alcanzar una santidad digna de su vocación, vocación que Dios les ha dado para procurar la salvación de las almas.

»Que el Rosario sea, pues, el suspiro sereno de nuestros sacerdotes, de las almas consagradas a Dios en una vida de castidad perfecta y de continua caridad...» (13).

Él, como en todo, dio en este ejemplo y explicaba con frecuencia cómo por la mayor necesidad que como papa tenía del auxilio divino, rezaba cada día las tres partes del Rosario. De esta sentida oración diaria de Juan XXIII brotaron sus frecuentes exhortaciones al rezo del Rosario, culminadas con la publicación de una Carta Apostólica con este fin. Junto a esta Carta Apostólica (del 29 de septiembre de 1961) el papa publicó unas reflexiones personales para ayudar al rezo meditado del Rosario. De esta abundancia de textos, entresacamos aquí algunos que dan el tono del profundo amor del papa Juan por el Rosario de María:

«... el Rosario bendito de María. ¡Cuánta dulzura al verlo sostenido por las manos de los inocentes, de los sacerdotes santos, de las almas puras, de los jóvenes y de los ancianos, de cuantos aprecian el calor y la eficacia de la oración, llevado por la innumerable y piadosa multitud como emblema y como bandera augural de paz en los corazones y de paz para todas las gentes humanas» (14).

«El papa... en la sucesión de misterios del Rosario encuentra a todos sus hijos, especialmente a aquellos que tienen una actividad más ardua, y los encomienda al Todopoderoso. En los misterios de gozo recuerda a los más cercanos; en los dolorosos a los hermanos que sufren en las comunidades perseguidas de la Iglesia del Silencio; en los misterios gloriosos pide mayor confianza en la Virgen y en la unión con su divino Hijo» (15).

(11) Audiencia general del 22-VIII-59.
(12) Radiomensaje en la clausura del Centenario de las Apariciones de Lourdes el 18-II-59.

(13) Carta Apostólica *Oecumenicum Concilium* del 29-IV-62.
(14) Carta Apostólica del 29-IX-61.
(15) Audiencia general del 14-XII-60.

«Renovamos, pues, nuestra confiada invitación para que en el mes mariano todo el clero y el laicado católico multipliquen sus invocaciones a la Virgen Santa, ya sea en actos comunitarios de piedad litúrgica, ya en las diversas formas de la piedad individual, entre las cuales, como muchas veces hemos recordado, brilla con luz particular la oración del Rosario mariano, oración estupenda, ejercicio de incomparable elevación, con sus quince fulgores abiertos sobre el alma para evocar los misterios de la Encarnación, Nacimiento, Pasión y Muerte de Jesús, su Resurrección y Ascensión al cielo, la venida del Espíritu Santo y las glorias más altas de María.

«Nunca se recordará demasiado que el Rosario debe ser rezado, además de con los labios, con la mente aplicada a las sublimes verdades, con el corazón ardiente de reconocimiento y de amor» (16).

«El Rosario es oración muy sencilla, que invita siempre al descanso interior, al abandono en Dios, a la confianza, que es, además, seguridad en alcanzar las gracias necesarias.

«Por esto, se comprende bien que precisamente en esta oración hallemos constantemente el fervor de la Iglesia que enseña, dirige, inspira y estimula a través de los tiempos.

«Todos en este momento deben oír la amable invitación a no avergonzarse de llevar consigo el rosario, más aún, para que en toda circunstancia, tanto en los momentos difíciles, como en los momentos de paz, entre el ruido del mundo o en la soledad recuerden qué inmensas gracias supone para su vida la participación en la oración de los demás hermanos en la fe. En el Rosario se compendian los incomparables dones del Señor» (17).

La civilización moderna ha llevado al hombre a un gran progreso material, pero al mismo tiempo ha provocado en él la ruina de los valores espirituales y como consecuencia el amor y la paz entre los hombres — dones de Dios — encuentran cada vez menos corazones en

(16) Discurso del 25-V-62 en la Basílica de S. Pablo.
(17) Audiencia general 12-X-60.

que morar. Es a través del salvador mensaje de la Maternidad de María que ha de venir la posibilidad de una conversión de los corazones. De este amor maternal de María fue Juan XXIII un esclarecido predicador y son algunos fragmentos sobre este tema los últimos que queremos ofrecer al lector de los que hemos espigado en el legado mariano del papa Juan:

«Madre del Salvador, la Virgen María ha participado íntimamente en la obra redentora por la que Cristo hacía de nosotros sus miembros y nos llamaba a convertirnos en hijos de Dios (Jo. 1-12). Y, como una madre desea siempre lo mejor para sus hijos, Ella nos condujo mediante su ejemplo admirable y su poderosa intercesión hacia la perfección de la caridad. Corporalmente es la Madre de Cristo y espiritualmente la Madre de su Cuerpo místico que es la Iglesia» (18).

«María es Madre de Dios y Madre nuestra. En su maternidad divina se funda el título de Reina, que resume todas sus grandezas; mueve el Corazón del Salvador y está en posesión del corazón de los hombres. Es la Madre de la Iglesia y contribuye con su oración omnipotente y con las gracias que derraman sus manos sobre el mundo a la siembra y expansión de la semilla» (19).

«Tal devoción responde bien al pensamiento de Dios y a su plan de Redención. Precisamente porque es Madre de Cristo, María es Madre nuestra... en esta excelsa Maternidad de la Virgen está el despliegue de todas sus grandezas» (20).

Como un anticipo de la gozosa decisión conciliar de proclamar a María MADRE DE LA IGLESIA lo hizo ya en varias ocasiones Juan XXIII quien llevó siempre a María en su corazón e invocó su Maternidad como la mejor prenda de su gloria. Con él podemos invocar siempre a María como a Madre de Cristo, Madre de la Iglesia y Madre nuestra.

CARLOS MAS DE XAXARS GASSÓ

(18) VII Congreso Mariano Nacional de Francia, 4-VII-61.
(19) Radiomensaje del 13-XII-59.
(20) Alocución 6-IX-59.

JUAN XXIII HIJO, PADRE Y MAESTRO DE LA FAMILIA CRISTIANA

El hombre que ha nacido en una familia cristiana, al que le enseñaron en los brazos de su madre, o en las fuertes rodillas de su padre, entre caricias y besos, a bendecir el Nombre del Señor; el hombre que a la sombra de la casa paterna, entre las risas y alegrías infanti-

les de sus hermanos, ha respirado el ejercicio de todas las virtudes y le han infundido en su alma el santo temor de Dios, ha aprendido el secreto de la vida. Sus ojos son testigos de la presencia del Señor.

En la puerta de su casa familiar está sentado un niño

risueño y regordete. Es su cara alegre y bondadosa y sus ojos tan dos arroyuelos de misericordia que cuando sea mayor desbordarán a todo el que los contemple. Dicen que va a ser sacerdote y lo será. Lo que nadie se imagina es que un día Dios le unirá, lo mismo que a David, para ser el gran Pastor de su pueblo.

Le está llamando su madre. Van a rezar el *Angelus* y sólo falta él para que estén todos reunidos. Cuando sea Papa recordará esta escena y conmovido, casi en un suspiro nostálgico, le dirá a todo un pueblo reunido:

“El *Angelus Domini* es la más suave plegaria de nuestras viejas y buenas familias” (1).

Todos dicen que estudia mucho. Sus padres están contentos sobre todo porque saben que la mejor lección que su hijo ha aprendido es la que le han enseñado con su vida. Un día, a todos unos señores diplomáticos les hará esta confidencia:

“El simple pensamiento de lo que fue para Nos el ejemplo de nuestros humildes padres, su sencillez de vida, su prudencia cristiana, la mutua concordia y colaboración doméstica que hicieron reinar en una familia que contaba una treintena de personas, todo esto nos enternece y nos llena de emoción, reavivando en Nos la resolución de no cesar jamás, durante todo el tiempo que vivamos, de dar gracias a Dios por habernos dispensado tal bien” (2).

Fue en este ambiente donde aprendió cuáles son las virtudes de una familia cristiana. Dice a continuación en el mismo discurso:

“;Cuán bien se vivían las grandes realidades de la familia cristiana! Esponsosales iluminados por la luz de lo alto; matrimonio sagrado e inviolable dentro del respecto a sus cuatro notas características: fidelidad, amor mutuo, castidad y santo temor del Señor; espíritu de prudencia y de sacrificio en la educación cuidadosa de sus hijos; y siempre, siempre y en toda circunstancia, en disposición de ayudar, de perdonar, de compartir, de otorgar a otros la confianza que nosotros quisiéramos que nos otorgaran” (3).

Y fue en este ambiente donde aprendió cuales eran los frutos de una sociedad basada en el cultivo de todas estas virtudes:

a) Es portadora de la paz social.

“Es así como se edifica la casa que jamás se derrumba: fijando en los corazones las reglas indestructibles que preparan en el mundo los caminos de la paz, la hacen deseable a todos, la honran, la garantizan contra los asaltos de las pasiones desarregladas” (4).

b) Es salvaguardia de la dignidad del hombre.

“...Santa institución familiar que Dios ha querido como custodia y salvaguardia de la dignidad del hombre, del primer despertar a la vida de la ju-

ventud impetuosa y de la edad madura a la vejez” (5).

c) Es la fuerza y robustez de las naciones.

“Toda familia, en efecto, fundada sobre la laboriosidad, sobre el respecto mutuo, sobre el temor de Dios, es la fuerza y la robustez de las aldeas, de las ciudades, de las naciones; es núcleo y fundamento de toda virtud, defensa contra todo peligro de corrupción, manantial de sanas y siempre nuevas energías para el bien de los individuos y de la comunidad civil” (6).

Aquí fue donde adquirió esa admiración que sentía por las familias numerosas. A la Asociación lombarda de Familias Numerosas les dirá:

“Vuestro homenaje es particularmente grato al Señor, hijos e hijas; vuestra presencia nos dice que en vuestras casas, donde los hijos se esperan y reciben como don precioso de Dios, el Reino de Cristo no tiene nada que temer, porque se respetan sus leyes fundamentales” (7).

Y fue aquí también, en este ambiente alegre de su niñez, donde aprendió cuáles eran los problemas de la familia cristiana:

“Conocemos las dificultades y peligros que halla la familia en su camino. Ante todo, en el orden espiritual, por el duro sacrificio y renunciamento que se exige a los padres para educar cristianamente a los hijos, para mantenerse fieles a la inmutable ley de Dios en medio de las seducciones de la mentalidad mundana, inclinadas al goce; para oponer el freno eficaz de una sólida conciencia moral a las concesiones que se observan acá y allá. Tampoco ignoramos las angustias, que originan en el orden material los apuros de tantas familias numerosas, las de los parados, de los insuficientemente ocupados y de los necesitados” (8).

Más los que la experiencia le ha de enseñar:

“Sin duda, en nuestros días, hay algo que insensiblemente hace peligrar la institución familiar y aumenta las asechanzas que la debilitan, y esto de un modo más insistente seductor e insidioso que en el pasado” (9).

Los medios que fundamentalmente recomendará para impedir que esta santa institución sea destruida son:

EN EL ORDEN ESPIRITUAL

A) La educación

a) De los esposos

“Para la salvaguardia de los valores morales de la familia es condición previa una profunda formación cristiana en el hombre y en la mujer que a ella van. Muy importante es, por tanto, hacer ase-

(1) Mensaje en la solemnidad de la Sda. Familia, 11-I-59.

(2) Discurso navideño al cuerpo diplomático, Navidad de 1959.

(3) Ibid.

(4) Ibid.

(5) Discurso en la festividad de la Sda. Familia, 10-I-60.

(6) Mensaje en la festividad de la Sda. Familia, 11-I-59.

(7) Allocución de 25-X-59.

(8) Mensaje en la festividad de la Sda. Familia, 8-I-61.

(9) Discurso a los miembros de la Sagrada Rota Romana, 25-X-60.

quibles a la juventud en el ámbito social los medios formativos adecuados a través de los cuales pueda conocer el origen divino y la santidad del matrimonio y adquiriera la reflexión que debe presidir la elección de consorte y la trascendencia de las responsabilidades futuras" (10).

En el discurso a los miembros de la Sagrada Rota concretará en lo que debe consistir esta educación.

1) Sobre la dignidad y obligaciones de la vida conyugal. Para ello recuerda las palabras de Pío XII que el día 22 de abril de 1942 dirigió a un grupo de recién casados:

"El matrimonio no es sólo una función natural, sino que para las almas cristianas es un gran sacramento, un gran signo de la gracia y de algo sagrado, como la unión de Cristo con la Iglesia, hecha suya y adquirida con su sangre para regenerar con una nueva vida espiritual a los hijos de los hombres, que creen en el nombre de Cristo... signo y luz del sacramento que, por decirlo así, cambian la función de la naturaleza, confieren al matrimonio una nobleza de sublime honestidad, que comprende y reúne en sí misma no sólo la indisolubilidad sino también todo lo que se refiere al significado del Sacramento" (11).

2) Entusiasmado a los jóvenes con la idea de que son colaboradores con la Paternidad de Dios:

"En la familia se da la más admirable y estrecha colaboración del hombre con Dios: las dos personas humanas, creadas a imagen y semejanza divina, están llamadas no sólo al gran deber de continuar y prolongar la obra creadora, dando la vida física a nuevos seres, a quienes el Espíritu Santo infunde el poderoso principio de la vida inmortal, sino también al más noble oficio, que perfecciona al primero, de la educación civil cristiana de la prole" (12).

Un poco más abajo añade:

"Difúndase, pues, por todos los medios de que se disponga el alegre conocimiento de esta nobleza augusta del hombre, del padre y de la madre de familia, como primeros colaboradores de Dios en la continuación de su obra en el mundo, en dar nuevos miembros al Cuerpo místico de Cristo, en poblar el cielo de elegidos, que cantarán eternamente la gloria del Señor" (13).

b) *De los educadores*

"Semejante deber exige especial *solidez de doctrina* en aquellos que por particular vocación y profesión deben interesarse con frecuencia por estos problemas" (14).

B) Vida de piedad

"En los tiempos actuales, no menos que en el pa-

sado, han de ser estimados por las familias cristianas la oración en común, la santificación de las fiestas, la comunión eucarística, como ayudas poderosas a la vida familiar" (15).

C) Protección de la autoridad y actividad de los individuos

"Aprovechar y encauzar debidamente cuanto entraña nuevo brío y vigor y desplazar todo aquello que implica perturbación a la recta constitución y desenvolvimiento de la vida familiar es una responsabilidad que con el poder público comparte el simple cristiano dentro de su esfera de influjo social" (16).

EN EL ORDEN MATERIAL

A) Estimular a las *autoridades*

"Nuestra voz no desaprovecha ninguna ocasión para estimular a las autoridades responsables a tomar las medidas necesarias para remediar tantas necesidades..." (17).

B) A aquellos *que gozan de una posición desahogada*

"...A no dejarse vencer en generosidad para llevar a todas las familias una ayuda duradera y proporcionada a las necesidades" (18).

Y fue de labios de sus padres de donde aprendió que el modelo de todas las virtudes cristianas se encontraba en Nazareth:

"He aquí la enseñanza de Nazareth: familias santas, amor bendito, virtudes domésticas que se desbordan al calor de los corazones ardientes, de voluntades generosas y buenas. La familia es el primer ejercicio de vida cristiana, la primera escuela de fortaleza y de sacrificio, de derecho moral y de abnegación. Ella es el nivel de vocaciones sacerdotales y religiosas y también de empresas apostólicas para el laicado cristiano; la parroquia adquiere dignidad nueva y fisonomía inconfundible y se enriquece con nueva linfa vital de almas regeneradas que viven en la gracia del Señor" (19).

Han terminado de rezar el *Angelus*. Sin despedirse de nadie el niño de ojos de arroyo de misericordia, cara risueña y bondadosa, baja corriendo las escaleras y con sus hermanos se marcha al campo a jugar. Corretea alegre y sin preocupaciones. Lleva en su alma la alegría del pajarillo al amanecer. Dice que quiere ser sacerdote y lo será. Y un día llegará a ser el gran Padre de toda la cristiandad. A él no le preocupa nada. Él ya puede ser un gran maestro. En los brazos de sus padres ha aprendido el secreto de la vida y sus ojos han sido testigos de la presencia del Señor.

SANTIAGO ARELLANO

(10) Carta autógrafa al II Congreso Nacional de la Familia, 11-VI-61.
 (11) Discurso a los miembros de la Sagrada Rota Romana, 25-X-60.
 (12) *Ibid.*
 (13) *Ibid.*
 (14) *Ibid.*

(15) Carta autógrafa al II Congreso Nacional de la Familia, 11-VI-61.
 (16) *Ibid.*
 (17) Mensaje en la festividad de la Sda. Familia, 8-I-61.
 (18) *Ibid.*
 (19) Discurso en el santuario de Loreto, 4-X-62.

LA COMUNIDAD INTERNACIONAL EN EL PENSAMIENTO DE JUAN XXIII

El fenómeno que se ha dado en llamar “planetización”, característico de nuestra época, no podía pasar por alto a Juan XXIII, que en la Encíclica “Pacem in Terris” recordó los perennes principios directivos que han de encauzarlo para su deseable encuadre dentro del orden natural: la imperiosa exigencia de una comunidad internacional dotada de autoridad propia y eficaz; las necesidades mundiales más sobresalientes que la hacen hoy indispensable; el libre consentimiento de los pueblos como única vía moral para llegar a su instauración; el principio de subsidiariedad como imprescindible para regular el ámbito de su competencia; el juicio sobre ciertas realizaciones actuales; algunos de los peligros que amenazan la recta constitución y ordenado funcionamiento de la comunidad, son cuestiones, entre otras, que aborda somera pero claramente la Encíclica y sobre las cuales se produjo a raíz de su publicación abundante literatura que no pocas veces, en la precipitación o superficialidad de su análisis o por prejuicios ideológicos, llegó a conclusiones desenfocadas cuando no abiertamente contrarias al auténtico pensamiento revelado en ella por su autor.

Al tratar de la Comunidad internacional, Juan XXIII no hace más que reiterar, actualizándolo, un postulado no nuevo en el pensamiento de los teólogos y en el Magisterio de la Iglesia: la exigencia de una comunidad de todos los pueblos, acorde con la unidad de naturaleza del género humano, hecha hoy urgentemente necesaria ante la multitud y magnitud de cuestiones inherentes al bien común universal cuya solución requiere la coordinación de medios y esfuerzos a escala mundial.

Tal aspiración puede parecer, a primera vista, coincidente con otras formuladas en ambientes ajenos cuando no contrarios a la Iglesia. Sin embargo, el super-Estado mundial, el Imperialismo internacional con hegemonía de una o varias potencias y otras análogas por las que políticos y teóricos han abogado más o menos veladamente, son concepciones radicalmente diversas de la Comunidad de pueblos que propugna la “Pacem in Terris”: ésta, al señalar el camino a seguir para llegar a la realización de la deseable comunidad y precisar su naturaleza y competencia, reproduce a escala mundial la doctrina de los cuerpos intermedios y el principio de subsidiariedad a ella inherente, doctrina y principio que el igualitarismo liberal y el totalitarismo socialista en que se inspiran aquellas otras falsas soluciones, desterraron de la organización de la sociedad cívico-política a nivel de Estados, con el resultado patente de la en tales planteamientos irresoluble tensión entre libertad y autoridad, tensión que está llegando hoy a límites de rotura, bien por crisis del principio de autoridad, bien por tirá-

nica imposición de ésta con anulación del otro término del binomio indispensable al justo orden social.

En el planteamiento hecho por Juan XXIII en la “Pacem in Terris”, la Comunidad internacional, al igual que toda asociación cívico-política desde la más exigua que es el Municipio a la más amplia de las hoy existentes o sea el Estado, halla su justificación en la exigencia de la perfectibilidad natural del hombre: la limitación del individuo, incluso incardinado en la familia, para el logro de todos los fines humanos temporales a que lícita y naturalmente puede tender, hace natural, y no artificial, como quiere el “Contrato” roussonian, la aparición de comunidades cada vez más amplias a medida que el estado de desarrollo a que ha llegado plantea al hombre, en un momento histórico determinado, necesidades o le solicita al logro de fines más complejos para cuya satisfacción se requiere mayor coordinación de esfuerzos y abundancia de medios de los que están al alcance de las más amplias comunidades cívico-políticas ya estructuradas en aquel estadio del curso de la Historia. O, en otros términos, ciertos fines sentidos por igual por varias comunidades de homóloga esfera y que ninguna de ellas puede realizar para sí con sus propios medios, pueden ser alcanzados para todas con la coordinación de sus esfuerzos. Es así cómo históricamente se ha ensanchado progresivamente el ámbito geográfico y funcional de la comunidad cívico-política, desde la “polys” al Estado “moderno”, modernidad hoy en crisis precisamente por la aparición de fines a escala mundial que ningún Estado puede por sí solo alcanzar y que justifican y hacen deseable — la “Pacem in Terris” es en ello terminante — la estructuración de una comunidad superior de ámbito mundial.

Enseña la “Pacem in Terris” que el único medio ajustado al orden moral para realizar el proceso integrador de todos los pueblos en aquella comunidad superior no puede ser otro que el libre consenso de éstos, por más que históricamente no siempre ha sido el libre consenso lo que ha determinado la integración de dos o más comunidades en otra más amplia: así se originó, por ejemplo, la incorporación del Señorío de Vizcaya a la Corona de Castilla; pero más frecuentes han sido otras vías: los matrimonios reales, que sin embargo, “mutatis mutandis” en función de las circunstancias históricas de otros tiempos, poco difiere en esencia de la anterior; la colonización, la anexión, la ocupación armada y otras análogas, justificadas a veces e injustas las más, pero que aún en su injusticia han tenido por resultado la aparición de una comunidad cívico-política más amplia que el peso de la Historia, por las necesidades concretas de la época, exigía en aras del bien común superior.

Aun siendo importante que según los postulados del

Orden moral se llegue a la comunidad internacional por vía de pacto, lo es más todavía a la luz del mismo Orden moral algo que trasciende del mero acto constitutivo para afectar permanentemente a su estructuración y funcionamiento: la competencia de la comunidad internacional y de la correspondiente autoridad a ella indispensable debe limitarse a lo preciso para el logro de los fines determinantes de la integración; pero en todo lo demás, o sea en orden a los fines que los miembros integrantes puedan seguir realizando por sí, deben éstos conservar su libertad e independencia. Con ello, la "Pacem in Terris" aplica a la Comunidad internacional el mismo principio de subsidiariedad que según la misma Encíclica el Estado ha de observar en su relación con los ciudadanos, las familias y los cuerpos intermedios. La reiteración, claridad e insistencia con que Juan XXIII alude a la "interpositae societates" constituyó una para no pocos sorprendente e inesperada consagración de la doctrina del corporativismo político, postulado axiomático de los pensadores tradicionalistas españoles ya en el siglo XIX, como fundamento estructural y funcional de la comunidad cívico-política.

En resumen: para Juan XXIII, cierta categoría de fines que hoy se presentan a escala mundial hace indispensable la constitución de una verdadera y propia comunidad de todos los pueblos, dotada de autoridad propia y eficaz, si bien limitada a la realización de aquellos fines motivantes de la integración y conservando los miembros componentes de la misma su personalidad, independencia y soberanía en orden a los demás fines propios del bien común temporal que puedan seguir realizando por sí mismos.

Ante el plausible radicalismo de tal solución, resulta lógico concluir cierta desconfianza con que Juan XXIII había de contemplar las realizaciones contemporáneas en el campo de las relaciones internacionales, desconfianza expresada sin embargo con tal delicadeza en la "Pacem in Terris", que fue casi general, a raíz de su publicación, interpretar en otro sentido el pensamiento de su autor. Es evidente que la ONU dista tanto de la comunidad propugnada por Juan XXIII que ni siquiera puede considerarse germen o esbozo de la misma: el solo dato de su carencia de aquella autoridad propia y eficaz que la Encíclica postula para la Comunidad internacional basta para demostrarlo; por otra parte, el criterio de verdad que según la misma Encíclica ha de constituir uno de los pilares básicos de la Comunidad internacional impedía a Juan XXIII otorgar su incondicionada aprobación a la Declaración de los Derechos del Hombre formulada por aquel organismo, por más que su discrepancia se expresara con el sutil eufemismo de calificarla "quendam quasi gradum adque aditum", elogiando en cambio, "neque hoc immerito", a quienes algunos de sus artículos parecieron "minus probanda".

Si, como tememos, hoy es todavía menos posible que cinco años atrás una verdadera comunidad internacional según los trazos de la "Pacem in Terris", no es aventurado pensar que el general aplauso, aun de sectores insospechados, levantado a raíz de su publicación pudo obedecer o a que no se entendió la Encíclica, o a que, entendiéndola, no faltaba quien especulara con hacerla fácil materia de interpretaciones partidistas.

J. CASAÑAS BALSSELLS

La traducción del Canon Romano de la Misa

La circunstancia de que, publicados otros tres nuevos Cánones de la Misa además del Romano, se esté trabajando en su traducción al castellano ofrece nueva oportunidad para estudiar la versión ya en uso de este último. Se han oído, en efecto, pareceres desfavorables, que es oportuno estudiar hasta qué punto sean justificados, para procurar evitarlos en las traducciones de los nuevos Cánones. Espero, con ello, contribuir a mayor acierto en las nuevas traducciones.

Paréceme lo más práctico (y, además, labor positiva) comenzar por disponer a tres columnas

- el texto original latino del Canon romano, a la izquierda,
- la traducción oficial, en una columna central,
- la que podríamos titular "traducción enmendada", a la derecha.

En la transcripción de la "traducción oficial" (columna del centro) distingo con **negritas** las palabras y con-

ceptos que se dice no guardan correspondencia con el texto latino.

En la "traducción enmendada" (columna de la derecha) distingo igualmente con **negritas** los conceptos, giros de lenguaje y palabras que, guardando correspondencia con el texto latino, parecen echarse de menos en la traducción oficial o estar en ella traducidos de manera sustancialmente diferente. Añado entre paréntesis palabras o sustitutivas o facultativas.

Así que, con una sencilla ojeada a las palabras en **negritas**, el lector podrá muy fácilmente percatarse de las diferencias entre "traducción oficial" y "traducción enmendada" y entre estas dos y el texto original latino.

Después de las tres columnas con texto latino y traducciones de todo el Canon (desde *Te igitur* inclusive a Padrenuestro exclusive), va un comentario explicativo. A él hacen referencia la letra que precede a cada una de las plegarias y los números volados que se encuentran en una u otra de las dos columnas de traducciones.

I. TEXTO DEL CANON ROMANO.

Texto original latino, traducción oficial
y traducción enmendada.

Texto latino	Traducción oficial	Traducción enmendada			
A <i>Te, igitur, clementissime Pater</i> per Iesum Christum Filium tuum Dóminum nostrum súpplices rogámus ac pé-timus [per I. C. Filium tuum Dóminum nostrum] uti accépta hábeas et benedícas haec dona, haec múnera	A ti, pues, Padre misericordioso te pedimos humildemente por Jesucristo, tu Hijo, nuestro Señor, que aceptes y bendigas estos dones, ²	A ti, pues, clementísimo Padre, humildemente te rogamos y pedimos por tu Hijo y Señor nuestro Jesucristo, que tengas por aceptos ¹ y bendigas estos dones, estos obsequios² (o "pre-sentes") estos (este) sacrificio(s) san-to(s) y puro(s) que,	[in primis quae tibi offérimus] [pro Ecclesia tua sancta cathólica] [quam = ut eam] [dignéris] [pacificáre] [custodíre] [aduanáre! [et régere dignéris] [toto orbe terrárum]	[que te ofrecemos ante todo] [por tu Iglesia santa y católica] [para que] [le concedas la paz] [la protejas] [la congregues en la unidad] ⁸ [y la gobiernes] [en el mundo entero]	te ofrecemos ante todo por tu santa Iglesia católica,⁷ para que te dignes ⁸ (tengas a bien) darle paz, custodiarla (guardarla), otorgarle unidad, y gobernarla por toda la redondez de la tierra. ¹⁰
haec sancta sacrificia illibáta in primis quae tibi offérimus pro Ecclesia tua sancta cathólica: quam pacificáre, custodíre, aduanáre, et régere dignéris toto orbe terrárum: una cum fámulo tuo	este sacrificio santo y puro que te ofrecemos ante todo por tu Iglesia santa y católica: para que le concedas la paz, la protejas, la congregues en la unidad, y la gobiernes en el mundo entero, con tu servidor	estos (este) sacrificio(s) san-to(s) y puro(s) que, juntamente con³ tus siervos nuestro Papa N. y nuestro Obispo N. y con todos aquellos que, ⁴ fieles a la verdad, ⁵ promueven⁶ la fe católica y apostólica.	vel qui tibi offérunt hoc sacrificium laudis, pro se, suisque ómnibus: pro redemptione animárum suárum, pro spe salutis, et incolumitátis suae; [tibi offérimus: vel qui tibi off...]	Acuérdate, Señor, de tus hijos ¹ N. y N., y de todos los aquí reunidos, cuya fe y entrega bien conoces: por ellos y todos los suyos, ² por el perdón de sus pecados ³ y la salvación que esperan, ⁴ ⁵	Acuérdate, Señor de tus siervos¹ N. y N. y de todos los aquí presentes, cuya fe conoces y cuya entrega sabes, por los cuales te ofrecemos, o ellos mismos te ofrecen, este sacrificio de alabanza por sí mismos y por todos los suyos, por la redención de sus almas:³ por su esperanza de salvación eterna (espiritual) ⁴ y de incolumidad temporal (corporal), ⁵ [te ofrecemos o ellos mismos...]
Papa nostro N. et Antístite nostro N. et ómnibus orthodóxis [cultóribus] [orthodóxis] atque cathólicae et apostólicae fidei cultóribus.	el Papa N. con nuestro obispo N. y todos aquellos que, ⁴ fieles a la verdad, ⁵ promueven⁶ la fe católica y apostólica.	nuestro Papa N. y nuestro Obispo N. y con todos los fieles que profesan la sana doctrina de la católica y apostólica fe,	tibíque reddunt vota sua aetérno Deo vivo et vero. [reddunt vota sua]	eterno Dios, vivo y verdadero. ⁶ ⁷	eterno Dios vivo y verdadero, ⁶ presentan sus homenajes de obligado culto.⁷ Unidos en comunidad de bienes espirituales con aquéllos por quienes hemos rogado y con los santos del Cielo.¹
			C <i>Communicántes</i>	Reunidos en comunión. ¹	

et memóriam venerántes, in primis gloriósae semper Virgini Mariæ, Genitricis Dei et Dómini nostri Iesu Christi: sed et beáti Ioseph, eiusdem Virgini sponsi,	veneramos la memoria, ante todo, de la gloriosa siempre Virgen María, Madre de Jesucristo, nuestro Dios y Señor. la de su esposo, San José ^{2,3}	veneramos la memoria ante todo de la gloriosa siempre Virgen María, Madre del Dios y Señor nuestro Jesucristo. como también ² la de San José, esposo de la misma Virgen , ³	Per Chr. Dom. ntrum. Am.	Por Cto. n.S.Amén	Por Cto.n.S. Amén
et beatórum Apostolórum ac Mártýrum tuórum... et ómnium Sanctórum tuórum;	la de los ⁴ santos apóstoles y mártires... y la de todos los santos;	la de tus ⁴ santos Apóstoles y Mártires... y de todos tus santos;	E <i>Quam oblatiónem tu, Déus, in ómnibus, quaésumus,</i>	Bendice	La cual (Esta) ofrenda te rogamos que tú, Dios nuestro,
quorum méritis, precibúscue concédas, ut in ómnibus protectiónis tuæ muniámur auxilio.	por sus ⁵ méritos y oraciones concédenos en todo tu protección ⁶	por cuyos ⁷ méritos y oraciones concédenos gozar ⁶ en todo de tu ayuda protectora .	benedíctam, adscriptam, ratam, rationábilem, acceptabilémque [Deus] [quam oblatiónem] fácere dignéris [in ómnibus] [benedíctam], [adscriptam, ratam] [rationábilem]	y acepta, Oh Padre , ¹ esta ofrenda, haciéndola ² ³ espiritual, ¹ para que ⁵ sea Cuerpo y Sangre	[Dios (nuestro)] ¹ te dignes (tengas a bien) plenamente ² bendecirla, aprobarla, ratificarla , ³ y tenerla por voluntaria ⁴ (deliberada, pensada, consciente) y accepta (agradable) para que se nos ⁵ convierta en Cuerpo y Sangre de tu amadísimo Hijo Jesucristo ntr. Señor.
Per eúndem Chr. Dom. n.A.	Por ⁷ Cr. ntro. S. Amén	Por el mismo ⁷ Cr.n.S.A.	[acceptabilémq.] ut nobis Corpus et Sanguis fiat para que ⁵ sea Cuerpo y Sangre	y accepta (agradable) para que se nos ⁵ convierta en Cuerpo y Sangre de tu amadísimo Hijo Jesucristo ntr. Señor.
D <i>Hanc igitur oblatiónem servitútis nostræ, sed et cunctæ familiæ tuæ, quaésumus, Dómine, ut placátus accipias:</i> [obseq. servit. ntr.] [sed et cunc. famil.] ¹ Accepta, ² Señor, en tu bondad, ³ esta ofrenda de tus siervos ⁴ y de toda tu familia santa;	Así pues , ¹ te rogamos, ² Señor, que aceptes con benevolencia ³ esta ofrenda de nuestro servicio ministerial , ⁴ que lo es también de todo el pueblo que te sirve (de todo tu pueblo de servidores tuyos);	dilectíssimi Filii tui Domini nostri Iesu Christi	de tu Hijo amado, Jesucristo ntr. Señor.	El cual, el día antes (la víspera) de su Pasión, tomó pan en sus santas y venerables manos;
diésque nostros in tua pace dispónas,	ordena en tu paz nuestros días,	que pongas tu paz como base de los días de nuestra vida,	F <i>Qui pridie quam pateretur, accépit panem in sanctas, ac venerábiles manus suas, et elevátis óculis in caelum ad te Deum Patrem suum omnipoténtem,</i>	El cual, la víspera de su Pasión, tomó pan en sus santas y venerables manos;	El cual, el día antes (la víspera) de su Pasión, tomó pan en su santas y venerables manos;
atque ab aetérna damnatióne nos éripi, et in electórum tuórum iúbeas [ab aet. damn. n. érip] líbranos de la condenación eterna	que nos hagas la merced de arrancarnos (librarnos) de la condenación eterna,	tibi grátias agens, benedíxit, fregit, deditque discipulis suis, dicens:	dándote gracias ² y bendiciendo, ³	y, después de elevar los ojos al cielo, hacia ti, Dios, Padre suyo omnipotente, ³ y de haberte dado gracias , ² lo bendijo (pronunció sobre él una bendición), ¹⁰ partió y dio a sus discípulos diciendo (mientras, al tiempo que decía): Tomad y comed todos de él, pues éste ¹ es mi Cuerpo.
grege numerári. [grege] [electórum tuórum]	y cuéntanos ⁵ entre tus elegidos.	y de incluirnos en el redil ⁵ (grey, aprisco) de tus elegidos (incluirnos en el número de tus ovejas elegidas).	Accípite, et manducáte ex hoc omnes, Hoc est enim Corpus meum.	Tomad y comed todos de él porque esto ¹ es mi Cuerpo.	Tomad y comed todos de él, pues éste ¹ es mi Cuerpo.

(Continuará)

ANTONIO UDINA MARTORELL S. I.

LIBERTAD CIENTIFICA Y OBEDIENCIA CRISTIANA

II*

UN EJEMPLO PRECLARO ORIENTADOR

Claras como la luz del sol, e inspiradas por el Espíritu de verdad, "que enseña a los corazones de los fieles con el resplandor de su ilustración", son las enseñanzas del Concilio Vaticano II sobre la legítima y amplia libertad que tiene el científico en el cultivo e investigación de la verdad, y sobre la obediencia que el científico cristiano debe a Dios, a su ley, a Jesucristo y al Magisterio de la Iglesia.

Dimos un breve resumen, algo sistematizado, de estas grandes enseñanzas Conciliares en un anterior artículo. En ellas vimos que aquella luminosa doctrina es de autoridad indiscutible para todo buen hijo de la Iglesia de Cristo; que es norma segura para todo científico cristiano, y que también lo es para todo hombre de rectitud científica y de sincera voluntad en el amor y en la búsqueda de la verdad.

Mas no basta, evidentemente, que tan resplandecientes y seguras enseñanzas las tengamos escritas en el volumen de los Documentos Conciliares, o en los Comentarios que tratan de exponerlos e ilustrarlos. Es preciso que a tan alta y autorizada doctrina conformemos todos nuestra conducta; que la conformen singularmente los que cultivan e investigan la ciencia.

Para ello, un ejemplo, que no hemos vacilado en intitular preclaro y orientador. Lo es ciertamente sobre toda ponderación.

¿A quién nos referimos? Al príncipe de nuestros escritores modernos, orientador supremo de la cultura española, hombre de eminente ciencia y de vivísima fe, por quien la ciencia española fue dada a conocer, y de la manera más sabia, completa y brillante, a todas las naciones en nuestra época, y cuyo nombre hizo que el sol de nuestra cultura hispánica volviese a brillar en el horizonte de la cultura moderna, para gloria de España y honor de la Iglesia Católica: Don Marcelino Menéndez y Pelayo.

Es casi una vergüenza para los españoles, y un desdoro para nuestra Patria, que hayamos de exhumar el recuerdo de aquel insigne varón, escritor preclarísimo, de quien dijo con frase no menos bella que gráfica Amós Escalante, que "le había apuntado el genio antes que el bozo"; cuya memoria era un archivo viviente de documentos, y que con su felicísima memoria juntaba una portentosa inteligencia, verdadera biblioteca de ciencia y erudición; filósofo y teólogo sin pretenderlo; apologista por vocación; historiador por profesión; esteta por temperamento; crítico eminente, formidable cono-

cedor de autores antiguos y modernos; poseedor de una cultura ecuménica; el pensador, en fin, que ha penetrado y fijado como ninguno la esencia del alma española, determinada y caracterizada por su catolicismo, y que en sí misma y en su historia es inexplicable sin su catolicismo medular y substantivo.

Y, sin embargo, a este incomparable varón, lo mismo que a sus inmortales obras, se empeñan hoy no pocos, desgraciadamente, por olvidar y aun menospreciar, como con una conjura agitada por agentes más o menos ocultos, para echar sobre su memoria el paño fúnebre de una leyenda oscura, o a lo menos para silenciarle sistemáticamente, siendo así que toda su obra ingente, lo mismo que su vida edificante, es de luz perenne y de inigualada orientación en todos los campos de la cultura.

A este injusto y estudiado silencio y preterición se refería don José M.^a Pemán, cuando al celebrarse el primer centenario del nacimiento del gran Polígrafo, escribió con sobrada razón que habiendo sido Menéndez y Pelayo el más eminente recuperador de toda nuestra Patria tradición, "sin embargo, el pavoroso silencio acerca de él sigue; y sigue del modo más peligroso y desecador posible". Y añadía: "Urge recordarle".

Para recordarle, sí, y para ejemplo de todos en esta hora de tantas nieblas de confusionismos, tan necesitada de luz serena, vamos a ceñirnos a un solo aspecto de la excelsa figura de Menéndez y Pelayo; a la libertad científica que él preconizó y con que procedió en toda su labor cultural; pero que armonizó perfectamente con la más rendida obediencia cristiana. Así, las enseñanzas que sobre esta cuestión capital nos ha dado el Concilio Vaticano II, y cuyo sucinto resumen ofrecimos en el anterior artículo, las veremos realizadas, ya antes del Concilio, porque son eterna doctrina de la Iglesia, en la mente, en el criterio y en la obra prodigiosa del gran compatriota nuestro, para lección y ejemplo de todos.

Recordaremos en este artículo algunos pasajes selectos, y más significativos, de sus obras, en los que el indiscutible Maestro enseña y propugna la legítima y razonable libertad científica, tal como la pide la recta razón humana, y la ha promovido siempre el Magisterio de la Iglesia; y reservaremos para un artículo subsiguiente, mostrar, aun sintiendo que sea pálidamente, los admirables y aleccionadores ejemplos que en su vida y en sus obras nos dejó de su dignísima obediencia cristiana, siempre armonizada con su bien entendida libertad en la investigación de la verdad, para el progreso de la ciencia.

* La primera parte en CRISTIANIDAD, núms. 436-37.

LA CIENCIA VERDADERA Y LA VERDADERA LIBERTAD CIENTÍFICA

Vaya por delante como primer testimonio el de un memorable discurso de Menéndez y Pelayo en el Congreso de Diputados. Era el año 1885; había pronunciado don Emilio Castelar uno de sus brillantes discursos, en el que involucrando conceptos, y llevado de opiniones y prejuicios, muy en boga en aquella época, había propugnado una libertad omnímoda y sin límites para la educación de la juventud y el cultivo de la ciencia.

Le respondió Menéndez y Pelayo con un discurso que hizo época; pues deshizo y pulverizó los sofismas del prestidigitador de la oratoria, y demostró ante los "padres de la Patria", con admiración de todos y con reacción dichosamente sincera de no pocos, que para la educación intelectual de la juventud es de capital importancia que se la habitúe a no llamar ciencia sino a lo que lo es de verdad; y a no invocar una libertad sin frenos ni barreras allí donde la ciencia misma está necesariamente determinada por su objeto.

Así como de un curioso castillo de fuegos artificiales, que brilla por breves momentos con una luz que pronto se desvanece, obra de hábil pirotécnico, se diferencia en absoluto un potente foco de hermosa y perdurable luz eléctrica, hallazgo portentoso del ingenio humano; así se mostró evidente el contraste entre la luz fatua, aunque de momento deslumbrante, del discurso de Castelar, y la luz verdadera, refulgente y tranquila, sin nubes y sin ocaso, del discurso de Menéndez y Pelayo.

Veamos cómo define lo que es la verdadera ciencia; y cómo expone cuál es la verdadera libertad científica.

Comenzó diciendo: "En mi concepto, a todo país, mucho más que la libertad de la ciencia, cualquiera que sea el concepto que de esa libertad se tenga, y luego veréis el que tengo yo; mucho más que esa libertad tan decantada, le importa que esa ciencia sea lo que debe ser". Y poco más adelante dice:

"Yo no acepto el derecho al error y al mal, sino el derecho a la verdad, el derecho a la ciencia. Lo que sí admito es que por la debilidad humana, por esta vida terrena llegar a alcanzar algunos resplandores de esa verdad, que el científico persigue con amor indeficiente.

"Pero, aun así, tan sólo lo que está averiguado con certidumbre científica, solamente lo que es conocido como verdad irrefragable, y enlazado y trabado en forma de sistema (por donde obtiene el título la ciencia), es lo que absolutamente y en todo rigor puede llamarse ciencia. Todo lo demás son hipótesis, son teorías, son trabajos preparatorios, son el andamiaje del científico; pero nadie ha dicho que los andamios, pertenezcan al edificio, aunque el edificio no pueda levantarse sin ellos.

"Es deber del científico exponer todo esto en la cátedra, sí; pero se debe exponer como tal teoría, como tal hipótesis; como, de la misma manera, que es preciso tal andamiaje, se deben exponer los errores con que la inteligencia tropieza en su camino, hasta llegar a alcanzar una pequeña partícula de la verdad científica.

"No hay que temer, pues, conflictos, ni luchas, ni antinomias, a lo menos duraderas y eternas, entre la Fe y la Ciencia. Son los dos soles que Dios encendió para alumbrar a la especie humana en su peregrinación por la tierra.

"¿Quién habla de conflictos entre las ciencias exactas y la Religión; entre las ciencias naturales y la Religión? Siempre que las ciencias naturales cumplan estrictamente los cánones de la observación, de la experimentación y de la inducción; siempre que los cumplan sin temor servil ni preocupación anterior; proponiéndose siempre como término supremo y último fin eso que podéis llamar como queráis: la aspiración a Dios, el ideal, la perfección de la naturaleza humana, que por medio de la ciencia entra también en cierta especie de amoroso consorcio con la Divinidad; siempre que se cumplan, repito, las leyes del método; siempre que no se arroje el científico a generalizaciones precipitadas; siempre que no se dé excesivo valor a observaciones incompletas, y no se olvide la diferencia entre las hipótesis, los sistemas, y aquello que realmente puede llamarse la verdad científica; desaparecerá la supuesta antinomia.

"Porque todos los conflictos que yo conozco, y de que tengo noticia hasta ahora, o provienen de una mala, torcida e incompleta noticia de la ciencia; o bien de que algún creyente escrupuloso, pero quizá poco ilustrado, juzga por dogma y por cosa perteneciente al Credo de la Religión Católica, lo que no es tal dogma, ni se halla en las Sagradas Escrituras, ni lo han definido ni declarado así los Concilios y los Sumos Pontífices, únicas autoridades a quienes hay que tributar acatamiento; no a las palabras de ningún escritor particular, por respetable que sea, aunque esté en los altares y lo veneremos como santo.

"Y desde este punto de vista, amplio aunque sea católico, ¡cuán grande es el campo que se ofrece a la mirada del investigador científico!; ¡cuántos son los ensanches que le da el Catolicismo!; ¡cuántas las temeridades, las audacias, diré, que ha consentido al pensamiento científico esa misma Iglesia Romana!"

Quien tan luminosa como exactamente exponía lo que es la verdadera ciencia, el gran paladín de la verdad, ya religiosa, ya profana, ambas en tan admirable armonía, bien pudo dar antes, a los comienzos de su discurso, el concepto exacto de la verdadera libertad científica. He aquí su clarísima idea:

"Para mí, la frase '*libertad absoluta de la ciencia*', ni en el terreno filosófico, ni en el terreno legal, ni en el terreno histórico, puede racionalmente legitimarse. En mi concepto, la frase '*libertad absoluta de la ciencia*' implica un sofisma que los antiguos lógicos llamaban sofisma de tránsito; y consiste en hacer pasar un concepto del orden de la voluntad a la esfera y al orden del entendimiento; el cual, en sus operaciones, no es libre,

sino que casi puede decirse que es fatal, por más que sea influido por la voluntad, así como la voluntad, a su vez, es influida por el entendimiento. Yo no creo en la libertad de la ciencia; creo en el determinismo científico; creo que la ciencia es fatal; creo que la ciencia tiene una ley interna e ineludible, derivada en parte del objeto, derivada en parte del sujeto, derivada de la verdad considerada en sí misma, derivada del método

que se sigue en la investigación científica, y cuyos caracteres son cánones inflexibles.”

Mas quien así hablaba de la pretendida libertad de la ciencia, en sí misma, defendió siempre ardorosamente, y deslindando muy bien los conceptos y los campos, la legítima libertad del hombre científico, en la búsqueda e investigación de la verdad científica. Podríamos multiplicar los pasajes y los testimonios.

RELACIÓN ENTRE LA CIENCIA Y LA FE Y LAS DIVERSAS CIENCIAS

El científico que busca sincera y honradamente la verdad, ha de tener muy en cuenta que la ciencia que cultiva no está aislada y solitaria, y sin relaciones muy estrechas con otras ciencias, por lo que su libertad científica tiene límites y fronteras, que no puede traspasar, sin peligro de despenarse en el error, o de salirse de la órbita de la ciencia que cultiva.

Veamos con qué maestría expone el gran Maestro esta como interdependencia de las ciencias entre sí; estas mutuas relaciones íntimas, que no es científico desconocer.

Refutando los errores del Positivismo y del Materialismo, escribe esta admirable página:

“¡Pobre de quien todo lo fía de las ciencias naturales e históricas, siempre en continuo andar y en rectificación continua! ¿Quién podrá ordenar y sustentar sus ideas sobre la base precaria, pobre y falaz de la experiencia?”

“¡Cuán diverso aquél cuyo razonamiento descende de verdades necesarias, de ideas puras y fundamentales *a priori*! Sólo a la luz de ellas tiene valor la experiencia; el que siga esa luz con ánimo recto y con anhelo de la verdad, no se perderá en el laberinto de las observaciones y de los hechos, antes los enlazará y fecundará, encontrando en ellos el reflejo y la impresión, como de un sello, de estas mismas inmovibles verdades.

“A quien comprenda la imposibilidad metafísica de que ciencia y verdad de Fe anden reñidas, ¿qué ha de importarle que el hecho A o B parezca, en el estado actual de la ciencia, contradecir esta armonía? Suspenderá su juicio, y examinándolo todo despacio y con mesura, bien pronto se convencerá de una de estas dos cosas: o de que no es artículo de Fe el uno de los términos de la contradicción, y de que la Iglesia nunca lo ha dado por tal; o de que el otro término no es ciencia en el riguroso sentido de la palabra, sino opinión falaz y fugitiva, a la cual negaban los platónicos carta de ciudadanía en la república científica.

“Se invoca el testimonio de los hechos, se da por ciencia única la ciencia experimental, ¡como si los hechos constituyesen por sí solos ciencia; como si lo fugitivo, pasajero y mudable pudiera comprenderlo el entendimiento de otra manera que bajo relaciones y leyes! Piedras cortadas de la cantera son los hechos; con ellos levanta sus edificios el entendimiento. ¡Engañoso espejismo el de los que quieren y creen vivir sin metafísica!

La misma negación de ella es una filosofía tan *a priori* como cualquier otra. El positivismo y el Materialismo están cuajados de fórmulas y de conceptos metafísicos: ley, noción, fenómeno, fuerza, materia... ¿Quién dio a la nuda experiencia fecundidad para producir ideas tales? ¿Qué importa que neguéis la finalidad, si luego tenéis que restablecerla con otro nombre, y de un modo gratuito, anticientífico y antipositivo? Sólo remontándose a la fuente, tiene valor irrefragable la demostración” (Hist. Het. Esp.; 2.^a ed., T. VII, L. 8.^o, c. 4.^o)

Y en otro lugar, también con maravillosa precisión y alteza de pensamiento:

“No es que yo deje de deplorar el triste divorcio en que suelen vivir la especulación y la práctica, no menos que el muy funesto que habitualmente existe entre la ciencia y el arte, más que por limitaciones del entendimiento humano, por vicios de la cultura tradicional y por preocupaciones de varia índole, a las cuales sólo una profunda reforma intelectual puede ser adecuada medicina.

“Cuando un vacío y presuntuoso diletantismo, ya filosófico, ya poético, que suele ser expresión de monstruoso egoísmo, hace desertar de la lucha a los fuertes y a los capaces, forzosamente se apoderan del campo los empíricos aventureros y temerarios. A semejante mal, sólo se ve un remedio: recordar al arte de la política su dependencia de la ciencia política; recordar a la ciencia política su dependencia de la ciencia moral; recordar a la ciencia moral su dependencia de la Metafísica, raíz, al mismo tiempo que complemento, de todas las ciencias humanas.” (Disc. de recep. en la Acad. de Ciencias Mor. y Polít.)

Mas, por encima de todas las ciencias, la ciencia de Dios. Oigámosle.

“Es la Teología (según yo alcanzo a comprender esa ciencia sublime, cuyos rayos sólo de muy lejos han herido mi espíritu), un organismo científico que, partiendo de las verdades reveladas, y tomando por base la Escritura, la Tradición (sagrado depósito de la Iglesia) y la doctrina de los Santos Padres, concierta todos estos elementos en unidad de método, en sistema de enseñanza; saca de ellos todas sus consecuencias implícitas; y, mediante la rigurosa disciplina que impone al entendimiento, es, a la vez que base, fundamento y supuesto de toda ciencia cristiana; altísimo y necesario complemento de todos aquellos saberes que puede lograr el hombre, me-

diante el natural esfuerzo de su razón, en esta vida terrena.

"De donde se infiere que, así como la Metafísica en sus especulaciones más altas implica la Teodicea, y con ella una preparación teológica que pone en el umbral de la fe al alma, '*naturaliter christiana*', así la Teodicea,

llegada al término de su carrera, siente y reconoce la necesidad de otra ciencia más alta, que llene sus vacíos, y aclare sus deficiencias, e ilumine con los rayos del sol suprasensible tantos y tantos puntos como deja a oscuras esta débil lucecilla de la razón." (Disc. en el I Congr. Cat. Nac., 2 mayo, 1889.)

LIBERTAD CIENTÍFICA EN MATERIAS OPINABLES

Y ya, para terminar, un breve testimonio de la libertad científica en materias opinables, testimonio en que se unen dignísimamente la firmeza de la convicción del científico con la humilde modestia del hombre y del cristiano:

"Como me precio de católico sincero, sin ambages ni restricciones mentales; y quizás en ésta y otras cartas, donde hablo de la Escolástica y de Santo Tomás, se me haya deslizado alguna frase poco exacta, o que suene a irreverencia, o algo, en suma, que de cualquier modo pueda dar *fundado* pretexto a que algún escritor racionalista tenga la mala ocurrencia de citarme en apoyo de sus lucubraciones (si es que merezco ser citado); desde luego retiro tales palabras, y las doy por no dichas, *a lo menos en ese sentido*; sin que esto obste en nada a la libertad que tengo y deseo conservar íntegra en todas las materias *opinables*, de ciencia y arte; al modo de

aquellos españoles de otros tiempos, y cuyas huellas, aunque de lejos y *longo intervallo*, procuro seguir, 'no captivando mi entendimiento sino en las cosas que son de Fe', como dijo el Brocense." (La Ciencia española, T. II, c. 7.º)

Quien va espigando en un vastísimo y hermoso campo de trigo, cuando ha llegado la cosecha a buena sazón, no puede ofrecer más que un puñado de espigas. Eso es lo que hemos hecho ahora; lo cual, a la vez, puede servir como de una modesta invitación para que los lectores se animen a recoger montones de ricas y granadas espigas en los dilatados campos donde nos dejó ubérrimas cosechas con que enriquecer nuestra cultura patria, y la cultura universal, el gran orientador de ella, y Maestro insigne de verdadera ciencia, investigada con legítima y cristiana libertad.

ROBERTO CAYUELA, S. J.

(Escudo)

SECRETARIA DE ESTADO
N.º 121503

Vaticano, 16 de septiembre 1968

Estimado en el Señor:

Con profundo consuelo y viva complacencia ha recibido Su Santidad el mensaje con el que usted, como Director de la Revista CRISTIANDAD, ha manifestado su adhesión a la Encíclica "Humanæ Vitæ" y su gratitud por esta intervención del Magisterio de la Iglesia que se ha ocupado de uno de los problemas más vivos de la sociedad contemporánea.

El Santo Padre corresponde muy reconocido y, mientras lo exhorta a seguir manteniendo firmemente y a propagar con los medios a su alcance la doctrina de la Encíclica, le otorga, en prenda de copiosos dones divinos y como prueba de su benevolencia, una especial Bendición Apostólica.

Aprovecho gustoso la oportunidad para expresarle la seguridades de mi atenta consideración y estima en Cristo.

Sr. D. Fernando Serrano
Director de la Revista "Cristiandad"
BARCELONA

+ *Roberto Cayuela*
S.J.

AL MEDIO SIGLO

1917, EN LA TEOLOGIA DE LA HISTORIA

XI

FRANCIA: «LA FILLE AINÉE», «LA SOEUR AINÉE», RESUMEN DEL MUNDO

Carácter de Francia al comenzar la gran conflagración

Como hemos visto largamente en nuestros capítulos anteriores, Francia, resumen de Europa, seguía siendo siempre el modelo europeo, la pauta para los demás pueblos. Misteriosamente, parece — lo hemos remarcado — como si la Providencia, indulgente, transigiendo por así decir por amor a sus elegidos, reacia a retirar sus favores, se adaptase, incluso, a las veleidades de su “hija mayor”, y permitiese que Europa siguiese, como decimos, su pauta. Siempre llamándola al redil. Siempre probando que, incluso en sus errores, volviese, como hermana mayor al gran rebaño, y que sus mismos errores, por así decir, se cristianizasen, y aun, de ellos mismos — de sus errores, es decir, del mal — saliesen bienes, como siempre ha sido la norma, al parecer caprichosa, en el fondo tan misericordiosa y profunda, de la Providencia.

Así vemos, a lo largo de la aparente y larga paz de 1870 a 1914, a esta Providencia atenta a lo que podríamos llamar “evolución de Francia, en este ensayo de lo que podríamos llamar cristianización (¿) de la misma Democracia, de la propia República, incluso de lo que podríamos llamar consecuencias de la Revolución francesa en todo aquello que era, o transigible, o evolucionable.

Sólo Francia, en su inmenso orgullo, se resistía a ser lo que, en su honor, le reservaba la Providencia: el “banco de pruebas” de Europa toda, el ejemplo y resumen de ella. Y por lo mismo, abdicando de su función de modelo, descendía a ser una Potencia más, un elemento entre las banderías, una Potencia — y no la más fuerte — de la “Entente” agrupada contra la Triple Alianza. Triste destino, el de resignarse a formar parte de un bando, cuando podía ser, por lo menos, la primera “inter pares” en todo el Continente.

Esto se ve, palpable, en la conducta de sus derechas, en los partidos de orden bajo la República, o, por lo menos, en los ambientes más típica y clásicamente franceses. Todos ellos, en plena y magnífica “Belle Epoque”, constituyen la entraña, materialmente hablando, feliz, del pueblo más burgués, de mayor bienestar material, que, apoyando sus grandes dotes de espíritu, produce unos años de prosperidad, de adelanto, de refinamiento a la vez espiritual y material, que hacen a la Francia de la República al doblar el siglo y hasta 1914, el prototipo de la felicidad y modelo inigualado entre todos los pueblos y todos los tiempos. Mas — no lo olvidemos —, esta modélica felicidad, ritmo, civilización, adelanto, prospe-

ridad, gusto, iniciativa, progreso magnífico no era debido ni a sus dotes, ni a su labor, ni a su sacrificio. Puramente a la riqueza de dotes gratuitos regalados, sin mérito alguno de parte de los franceses, a Francia, por la Providencia que no tiene por qué dar cuenta ni justificar sus preferencias, que se justifican por sí solas.

Como hemos significado anteriormente, la pasión que mayormente echaba al traste tantos dones, era la soberbia nacional, creciente, cristalizada en el más feroz “chauvinismo”, en el odio a Alemania — correspondido más cruelmente, si cabe, aun, por ésta —. Este factor es más importante, que la influencia de la Masonería, con ser tanta, que la pasión del anticlericalismo a lo Combes o a lo Waldeck Rousseau, con ser éste tan potente. No debe ser olvidado. Cuando se habla del París de la “Belle Epoque”, de los “Siete pecados capitales”, la imaginación deriva, el tópico, inmediatamente a la Lujuria. No. Había algo más fuerte aún: La Soberbia y la Ira.

Cansa y aflige observar este “chauvinismo” que infunde carácter hasta a las mejores obras católicas, que llega, incluso, a influir en la vida de piedad. Triste es remarcarlo. Si visitais muchas de las grandes iglesias votivas de Francia, observaréis, en sus lápidas de fundación, que la mayor parte de ellas fueron fundadas después de 1870, en voto nacional. Son las consecuencias de la “Debâcle”. A menudo, no es la devoción a la Virgen, el hechizo del Sagrado Corazón de Cristo quien ha promovido aquellas basílicas, aquellos monumentos. Sino la esperanza de que la Virgen, y que el Sagrado Corazón acudan en auxilio de la “Patrie”, importando, por lo demás, poco su Reinado en el resto del mundo, por lo menos, si no hubiese de ser tras la reconquista de Alsacia-Lorena.

Cuantos viajan por Francia, aun hoy en día, habrán de reconocer lo real y crudo de esta aseveración. Aun hoy fatiga asistir a muchas misas dominicales. A los pocos minutos de comenzada la homilía — así el Evangelio del día toque puntos harto distintos y totalmente espirituales — ya sale el tópico de siempre: “¡La France!”. Por fortuna, en España los españoles asistimos al Santo Sacrificio sin necesidad de que se nos hable de la Patria cada domingo, y nos interesamos por las cosas de Dios antes que por las de España... y aquí radica, precisamente, nuestra grandeza y nuestra pureza. Ya sabemos que muchos nos la critican; que la Providencia nos conserve este desinterés, y sigamos poniendo a Dios antes — pero muy antes — que todos los demás ideales, por

muy altos que sean. El respetar los valores, y su escala, es lo primero.

Sus hombres

Hablar de algunos de sus hombres representativos será lo mejor que podemos hacer para reflejar la Francia de 1914. Digamos, no obstante, algo previo muy importante. Jamás época, en Europa, se vio tan pobre en estadistas como 1914, contra lo que se cree.

1939-1945, con su vesanía — ya sabemos que esto que decimos chocará — ofreció estadistas de muchas mayor categoría. El feroz y esquizofrénico equipo de Hitler, no era inferior al del Kaiser, de una mediocridad subida. De Inglaterra, no hay más que referirnos a nuestros artículos V a VII de esta serie, si es que el lector ha tenido la paciencia de seguirlos: nada, ni por asomo, que puede acercarse a Churchill (ni el barato Lloyd George), todo y no ser éste santo de nuestra devoción. Y así sucesivamente. Francia es, quizás, excepción. Sin tener ninguna gran figura, siempre estuvo muy por encima del lamentable nivel de 1939. Los dos políticos cumbre de la época fueron, sin duda, Poincaré y Clemenceau. Para nuestro fin, el primero es infinitamente más típico y representativo que el segundo. El francés medio e ideal con todos sus defectos y pasiones de 1914, se halla perfectamente retratado en Poincaré. Se comprende bien que éste, ya Presidente del Consejo y político destacado hasta 1913, ascendiese a la Presidencia de la República hasta 1920, o sea en los años decisivos, apoyado siempre por las derechas así como por las izquierdas, por representar el prototipo del "chauvinismo" ilustrado (hubo un chauvinismo ilustrado como antoño un despotismo) de su época.

El nunca sospechoso de francofobia William Martin nos describe perfectamente a Poincaré, como lo hizo con Sir Edward Grey (v. nuestros capítulos V a VII). Oigámosle.

Raymond Poincaré

"... Los jóvenes que llegaron a ciudadanos en 1880, habían sido alimentados por sus familias en una concepción ideal y sentimental de la República. La veían tal como aparecía a sus padres bajo el Imperio, alimentado todo por el ideal de la "Revanche". De momento, la hallaron a nivel más bajo que su ideal. Después de las aventuras heroicas, románticas y ridículas del General Boulanger, estalló el gran escándalo financiero del Panamá, que arrastró hasta el propio Presidente de la República. Es en este momento en que entra la generación de Poincaré."

"Éste pertenecía a una familia de la gran burguesía. Su madre era nieta del por nueve veces Diputado por la Meuse Landry Gillon. Su padre, Inspector de "Ponts et Chaussées", su tío Catedrático en Nancy, su hermano alto universitario, su primo, en fin, el famoso matemático. Se deduce de esto que Poincaré había salido de unos

medios de gran cultura intelectual. Mas esto no es bastante decir. Salía del ambiente más representativo de Francia. Es la burguesía la que dirigió la Revolución francesa. En correspondencia, la Revolución creó en Francia millones de propietarios y rentistas. La burguesía hizo la revolución de 1830 y dominó la monarquía de Julio. Ella hizo asimismo la revolución de 1870 y creó la República a su imagen. Ella gobernó Francia durante un siglo."

"La burguesía en Francia reposa esencialmente sobre la propiedad territorial y los fondos del Estado, es decir, en última instancia, sobre el Ahorro. En otros países se basa sobre la producción y el comercio, sobre la rápida circulación de las riquezas. Nada parecido en Francia. La clase burguesa se apoya sobre la riqueza adquirida y no se enriquece más que de economizar; por tanto, tiene un interés excepcional en que el Estado sea administrado prudentemente, a que los Presupuestos sean equilibrados, las rentas seguras, la administración honesta. Tal es el espíritu de orden y de economía que Mr. Poincaré ha aportado a la gestión de los asuntos públicos, y por ello, cuando en 1926, ha dicho al país: "Para salvar el franco, hay que economizar", ha sido comprendido por todos los burgueses de Francia.

"Esta burguesía, cuyos orígenes intelectuales remontan al siglo XVIII, a Voltaire, se ha engrandecido en su lucha contra la Monarquía y la Iglesia, y, si bien una y otra han seguido siendo tan potentes, el espíritu de hostilidad contra las potencias de reacción subsiste en ella. Raymond Poincaré no se separó nunca de este ambiente. Por temperamento, era anticlerical. Si tuvo el apoyo de los partidos de derecha, fue por razón de su política "chauvinista", nacionalista. Más tarde, en 1924, hubo de dejar el poder por su fidelidad a su modo de ser."

"... Él llegó al poder con un programa: "¡Decir que no a Alemania!". Desde este instante, la política europea siguió un nuevo curso. El pueblo francés, al que su debilidad oprimía, comenzó a respirar. A las nuevas leyes militares alemanas, él opuso el servicio de los 3 años. Rusia, que dudaba de su alianza con una Francia un tanto delicuescente, se rehízo. Inglaterra, inquieta de la amenaza alemana, tuvo en quien apoyarse."

"Se ha dicho que Poincaré es el responsable de la Guerra... Pero, por lo menos, estaba (Poincaré) convencido de que Alemania se hallaba decidida a declararla. Para oponerse a ella, Poincaré quiso mostrar a Alemania que hallaría quien le replicase. "¡Francia, afirmó siempre, no teme la Guerra!". Este orgulloso lenguaje encantó a los nacionalistas franceses. Y M. Poincaré, aun sin proponérselo, se convirtió en su hombre, y, al fin, en su prisionero. Fueron ellos — los chauvinistas, que entonces vale como decir la Francia toda, derechas, izquierdas monárquicas, republicanas, anticlericales — quienes le llevaron el 1913 a la Presidencia de la República. Y, fatalmente, los alemanes vieron en su elección una amenaza, si no una provocación."

“Aparte de este “chauvinismo”, ha existido otra profunda causa de la Guerra de 1914: y es que todo el mundo la creyó (porque lo era), inevitable. La elección de Poincaré se llevó a cabo bajo este ambiente. Los alemanes se creyeron sitiados, rodeados, y se armaron para romper el círculo que les ahogaba. Los franceses se creyeron amenazados: y se armaron contra tal amenaza. Y así se llega a la víspera de Guerra, por la más violenta de las situaciones.”

“En Julio de 1914, Poincaré visita San Petersburgo. Allí repite en todos los tonos: “¡Francia no teme la guerra!”. Al Czar, al embajador de Austria-Hungría, al ministro de Servia, repite: “Francia será fiel a sus alianzas”. Y su tono cortante arranca esta aprobación, en el yate imperial, a dos Grandes Duquesas (igualmente belicosas, y a las que la bondadosa incertidumbre del buen Nicolás II sublevaba, al no decidirse a ir a una Guerra que el elemental buen sentido denunciaba ya como tan trágica y fatal): “¡He aquí como debería hablar nuestro Autócrata!”

“La Guerra se aproxima. Poincaré vuelve a París. Allí es recibido por una ovación formidable. Encarna, en tal momento, a los ojos del pueblo, a la Patria. “Jamás — escribe en sus memorias — he visto nada tan emocionante. Jamás me ha costado tanto parecer impasible. De la grandeza, de la simplicidad, del entusiasmo, de la gravedad, todo contribuye a hacer de este recibimiento algo imprevisto, inimaginable, infinitamente hermoso.”

La Presidencia de Poincaré y su equipo

“Excusatio non petita...” Basta leer las largas, amplias, y tan documentadas Memorias de Poincaré, para convencerse de la realidad de su “chauvinismo” y cuán bien interpretaba el conjunto fatal e histérico (monárquicos, republicanos, derechas, izquierdas, masones, anti-

clericales, militares, en fin, todas las gamas, unidas bajo el signo del feroz nacionalismo) de todo un Pueblo que deseaba el desquite contra Alemania, y que bajo su significativa figura había de realizar una de tantas “Union Sacrée” en las que se ve la aberración de que, para justificar a una Patria agresiva, se prescindía de los valores más altos que ella, como son la justicia y la equidad, y, sobre todo, la caridad cristiana. En sus Memorias, Poincaré (que en su vejez debía sentir que el ideal de Francia no justificaba la injusticia) está tan obsesionado, y repite tantas veces la expresión de su pacifismo, que se ve claramente que la conciencia le reprocha. Como a Francia también la conciencia le reprochaba. “Excusatio non petita...”

Poincaré desempeñó una Presidencia, por lo menos en sus tiempos primeros, en que el lirismo del momento, la emoción de la lucha, le excusó — antes y después de la declaración de la Guerra — de su inacción e irresponsabilidad constitucionales. Durante su Presidencia, el Presidente del Gobierno, Viviani, los políticos más destacados — Millerand, Tardieu, hasta el propio Clemenceau, pese a sus ataques (años más tarde sería otro cantar —, bailan al son que toca Poincaré y su equipo, remarcable, de embajadores en Londres, Petersburgo, Berlín: los Cambon, los Paleologue, por no citar que los dos más destacados. Y así llegó el momento ansiado por la Francia de Poincaré: tras los pistoletazos de Sarajevo, la Declaración de Guerra de Alemania. Francia iba a poder entrar en liza, iba a poder vengarse, y, con la ventaja — debido a la eterna torpeza germánica — de atribuirse la justicia, de presentarse como la agredida, y, por si fuese poco, como campeona de la libertad de los pueblos. No puede negarse valor a la diplomacia francesa de su tiempo.

LUIS CREUS VIDAL

(continuará)

Al iniciarse el Congreso Eucarístico de Bogotá, en 15 de agosto de 1968, la Federación Mexicana Anticomunista de Occidente, dirigió a S. S. el siguiente telegrama:

Santísimo Padre. Con esta fecha enviamos a su Santidad cien mil firmas de católicos mexicanos suplicándole respetuosamente tome medidas prohibir que clérigos católicos fomenten el desarrollo revolución comunista en América Latina, traicionando a la Iglesia, a su Patria y a su pueblo, al que pretenden reducir a la horrenda esclavitud del comunismo ateo.

Nos solidarizamos plenamente con las solicitudes parecidas enviadas a Su Santidad recientemente por su Eminencia el Cardenal Rossi, Presidente Concilio Obispos Brasil y su Eminencia el Cardenal Caggiano, Arzobispo Primado de Buenos Aires y otros Prelados e Instituciones Católicas.

"EL SILENCIO DE DIOS" de Rafael Gamba

El sosegado avanzar de la Historia fue cosa de antaño. Hoy la Historia corre, se impone, se acelera, se precipita, es absorbente, es dominadora, arrolla al hombre, dispone de él, es una divinidad, un ídolo. Aberraciones, sacrilegios, ultrajes contra la dignidad humana, modas desvergonzadas, son justificadas por el imperativo histórico. El hombre que no se somete a esas novedades es un bicho raro, un reaccionario. Al reaccionario se le hace la guerra, se le excluye de los círculos cultos, se le trata con hostilidad, se le declara la conspiración del silencio. Sin embargo, el reaccionario — hoy — es el hombre verdaderamente sensato. Porque la vida de la Ciudad humana no está hecha sólo de novedad, y la novedad, si no viene a sumarse armónicamente a los estratos anteriores, y quiere hacerlos añicos, es puro disparate.

Estas consideraciones nos inspira la lectura de la obra — suculenta — de Rafael Gamba "El silencio de Dios" (1). Un prólogo de Gustavo Thibon se encarga de anunciarnos — y comentar — el contenido. El libro es una definición de los males de nuestra época. Claro — pensamos — que la realidad no es un mal. Y es un hecho real, que palpamos a manos llenas, el proceso de aceleración de la Historia. "Los sucesos, los incentivos, o sollicitaciones del exterior en un solo año de nuestra vida llenarían ampliamente la vida de nuestros antepasados. Y esto, que reconocemos en nuestras vidas progresivamente vertiginosas, lo descubrimos también en la historia general y en el proceso del saber humano".

Antaño la Historia tenía un valor de relatividad. Cabe reconocerla, sí; pero oponerse a ella para que no se tragara lindamente las creaciones de la libertad y del espíritu. Pero hoy la Historia es Mito. La Historia lo exige, la Historia lo manda. En nombre de ella, se conculca la moral, se atropella el derecho, se tiraniza, se asesina. Hay incluso — hemos sabido — quien ha legitimado teóricamente la violencia y el asesinato por razones históricas. La novedad ejerce un deslumbramiento insuperable sobre una masa de hombres demasiado intelectualizados, racionalistas (así los llama Rafael Gamba). Abominan de todo lo heredado, inciensan toda invención, sin pensar acaso que sus invenciones de hogaño serán las antiguallas que excomulgarán mañana los progresistas. "Reaccionario — dice Gamba — es el que, inconsciente de la absolutividad y del carácter incontenible de la evolución histórica, trata de oponerse a ella, de actuar por sí contra esta corriente impetuosa en un esfuerzo tan estéril como absurdo." "El gobernante actual, el dictador o el "hombre fuerte" de cualquier situación,

no se siente ya en la necesidad de buscar justificaciones legales o morales a su mandato, sino que lo afirman como puro poder en tanto que producto de la Historia en su proceso creador."

Nos hallamos ante una sociedad de masas dedicada a la tarea de aplaudir el cambio por el cambio mismo, situación inestable, desequilibrada, de evolución vertiginosa, que contiene en sí misma la negación de toda personalidad. El "insensato" — así le llama siguiendo a Saint-Exupéry — celebra esta situación antivital. El Marxismo espera confiadamente su triunfo de la marcha ineluctable de la Historia. Los hombres han perdido el arraigo y la continuidad. Y una sociedad nivelada de almas en serie aborrece las diferencias de situación o de inserción humana "que la constituían en verdadera sociedad y la guardaban de convertirse en masa o rebaño".

La tecnocracia del esquema y del impreso conduce a nuestra sociedad a la masificación cuantitativa, "a un mundo uniforme gobernado por reflejos condicionados". Un poder inmenso y tutelar vela por los placeres de los ciudadanos, con tal de que éstos no piensen más que en gozar. "No tiraniza propiamente... reduce a cada pueblo a un rebaño de animales tímidos e industrioses cuyo pastor es el Estado." Un socialismo tecnocrático — que condena acerbamente Saint-Exupéry — toma como fin la utilidad. Ya no importa la belleza del palacio, sino sus cocinas.

¿Y quién nos empuja, nos seduce, nos reduce a este verdadero estabulamiento humano? Gamba denuncia al "insensato" y al progresista. El insensato hace añicos, con arrobos logicista, de las cosas agrupadas tradicionalmente en la Ciudad de los hombres. El progresista es la versión del insensato que ha penetrado en la misma Ciudad sacral, en la Iglesia. La locura ha contagiado hoy a muchos sabios. Si unos no saben que, aunque las cosas pudieran haber sido de otro modo, son buenas como el tiempo las ha hecho, ignoran otros la gran calidad divinohumana de los condicionamientos y modalidades religiosas, de la diversidad de manifestaciones que cobra una misma fe en distintos puntos de la geografía terrestre. Son los que discuten al sencillo labrador, apegado a su terruño, el derecho a venerar la Virgen local de su pueblo; los que quisieran reducir el Cristianismo a lo esencial en merma de la gran riqueza de características acumuladas en el tejido policromo de la tradición viva.

Esos hombres — se me ocurre a mí — son precisamente los que acostumbran a llamarse paladines del Cristianismo de encarnación, y sonríen burlones ante los espirituales que viven de la trascendencia. Pero en nom-

(1) Rafael Gamba: El silencio de Dios. Editorial "Prensa Española".

bre de su afán renovador, o innovador — que no es lo mismo —, destruyen la auténtica encarnación del Cristianismo en cada hombre y en cada tierra.

“Dentro de la significación de su obra, Saint-Exupéry tuvo también su “insensato”, y precisamente bajo este nombre se refiere a él en *Citadelle*. Pero este insensato no es ya el que falla en la lógica dirección de su pensamiento, o el que se contradice, sino más bien “el perverso Amok de la razón pura”: aquel que, guiándose sólo del razonar desvinculado, destruye el armazón existencial del vivir humano, la *Citadelle* que el fervor pretérito fundó para albergue y tabernáculo de sus hijos.” El insensato, son su lógica, destruye la Ciudad. “La Ciudad se construye, como un navío o como un templo, con materiales diversos, y su orden existencial no se deduce de principios lógicos.” El insensato se mueve en uno de los polos de la antinomia realidad-ideal o realidad-lógica. “¿Por qué no?”, se pregunta el insensato. “¿Por qué las cosas no podían ser de otra manera?”. Sin tener en cuenta que la maduración de la realidad se entaña cálidamente al hombre hasta integrarse en su sustancia. El insensato mira las cosas con ironía y con visión superior, sin tener, como el hombre verdadero, “la humil-

dad de ser parcial; esto es, de servir con lealtad a algo superior a uno mismo, y no a la propia razón ratiocinante”. La Ciudad no es comprendida nunca por el insensato. “Y su designio... es semejante al del hombre que por conocer y manejar bien su casa, por desvelar el secreto y la resistencia de sus muros, la demoliere hasta convertirla en montón de piedras. Al término de esta obra insensata se halla la sociedad sin estructura, sin límites ni objetivos, en la que las cosas han perdido su sentido, y, a fuerza de ser todo posible, nada puede ya hacerse.”

Si el insensato se encarga de destruir la Ciudad, el progresista emprende la tarea de derribar la Iglesia. Me apresuro a decir que “El silencio de Dios” es el brevario filosófico del Tradicionalismo. Y, si en la obra se registra el vapuleo más feroz de las ideologías, salimos con la conclusión de que éste no es ideología, sino un realismo, la exposición y defensa de la realidad: el hombre concreto tal como fue y como es en su ciudad concreta y determinada, sin prejuicios ni teorías abstractas tendentes a deformar su humanidad como una víctima de un nuevo lecho de Procusto.

FRANCISCO SALVÁ MIQUEL

El Arzobispo de Oviedo

12 de agosto de 1968

Rdo. Sr. D. José Ricart Torrens, Pbro.
Barcelona

Mi querido amigo:

No he podido leer su libro “Lo que no ha dicho el Concilio” con la tranquilidad que hubiese deseado. Ha sido suficiente, sin embargo, mi lectura rápida para darme cuenta del bien que puede hacer en estos momentos de confusión.

El Concilio ha sido un Don de Dios a su Iglesia. Lástima que, algunos, con las interpretaciones arbitrarias del mismo, lo hayan convertido, no pocas veces, en motivo de escándalo.

La doctrina del Concilio no puede interpretarse rectamente más que a luz del magisterio auténtico de la Iglesia, tanto del magisterio anterior como del posterior al Concilio. Eso es lo que hace usted en su libro y por eso resplandece en él un equilibrio y una madurez que pueden calmar ese nerviosismo que les ha entrado a muchos, movidos, quizá, por un afán subjetivamente recto de adaptación al mundo de hoy pero que les induce a afirmaciones y posturas desconcertantes, cuando no francamente erróneas.

Creo que ha prestado un buen servicio a la Iglesia con la publicación de su libro y que la serenidad y el espíritu de concordia que reina en él hacen más estimable.

Un abrazo y una bendición afectuosa de su buen amigo en Cristo

VICENTE, Arzobispo de Oviedo

CANCION DE EMIGRANTE

El destino quiso que hace bastantes años yo abandonara la hermosa ciudad que me vio nacer y me estableciera en otro lugar de la Península Ibérica. Desde entonces, año tras año, me ha estado oprimiendo el corazón la nostalgia, esa *anyorança* que con tan maravillosos acordes modula una canción que pocos de mis lectores desconocerán.

Quizá sólo han hecho posible este extrañamiento las visitas periódicas a la patria chica en busca de las perfumadas e inolvidables brisas, del ambiente alegre y multicolor y del inimitable estilo, a un tiempo grave y optimista, que posee. Regularmente estas visitas veníanse sucediendo cada lustro. La penúltima se verificó en 1962 y de la última acabo de regresar y me encuentro en el período de balance memorístico que sigue a todo viaje.

He encontrado a mi ciudad natal, no hace falta decirlo, más hermosa que nunca. Se trata de un privilegiado lugar que se embellece con el tiempo, si ya no aumentan su seducción el arte y la curiosidad de sus laboriosos habitantes. La he encontrado vivaz y simpática, cosmopolita, plétórica, rica y bella... Pero ¡ay! no todo han sido plácemes en esta mi última visita. Al lado del progreso y la vitalidad cuyas facetas acabo de enumerar, he hallado retrocesos palpables y visibles, que me han llenado de tristeza. Además de natural de esta ciudad, soy cristiano, y una de las más profundas contrariedades que he experimentado ha sido el comprobar la escasa concurrencia en los templos, tanto antiguos como modernos, que atesora la población, en comparación

a lo observado en anteriores viajes.

Alguien me dijo que ello era debido a que las misas dominicales se resentían de las salidas al campo del fin de semana, y muchas personas, utilizando las facilidades que la Iglesia viene dando, asisten a misa vespertina el sábado. Fui pues, a la semana siguiente un sábado y el espectáculo resultó idéntico. En uno de los más prestigiosos templos, centro de una populosa barriada, o por mejor decir, en el corazón de la ciudad, conté ciento cuarenta personas desperdigadas en un local que puede albergar más de mil, y yo lo he visto abarrotado de gente en otras épocas.

¿Qué ha sucedido en los medios religiosos de mi ciudad natal desde 1962 hasta la fecha? Nunca mejor aplicado el dicho de que "Doctores tiene la Iglesia que os sabrán responder". Creo que aquí existe un excelente tema de meditación y de investigación para los doctores.

Pero no acaban aquí mis impresiones de emigrante momentáneamente repatriado. Otra de las circunstancias negativas que he encontrado en la gran ciudad después de un viaje por varias otras de España, es que en ella destaca como en pocas, y mucho más que en las más, el descoco y la despreocupación moral en los vestidos femeninos. Bien sé que muchos de los sujetos de este descoco que van por la calle prácticamente en traje de baño, han venido del extranjero; pero los imitadores son legión.

Estoy seguro de que instantáneamente objetarán los comentaristas fáciles que una cosa no se relaciona

con la otra. No les desmiento yo; les desmienten los hechos, pues da la casualidad de que un fenómeno va siempre acompañado del otro en cualquier parte del mundo, bajo un común denominador de paganía. Hace años, un amigo mío tuvo ocasión de visitar uno de los países europeos más adelantados y ricos, una de esas naciones que constantemente se nos ponen como modelo de cultura y progreso. Al preguntarle por sus impresiones sobre dicho país, me contestó con estas palabras: "En lo material, todo inmejorable, todo brilla y destella como un ascua de oro. En lo espiritual, mi impresión puede definirse en dos palabras: mujeres desnudas e iglesias vacías".

Hablando yo ahora, mi impresión, mi dolorosa, triste, desoladora impresión después de mi viaje sentimental a la hermosa ciudad que me vio nacer, es muy parecida a la del amigo que regresaba de un país de la brillante Europa de Occidente. Acaso no tan acentuada, pero sí en camino de llegar a ser idéntica.

Señores: si ustedes han leído algún escrito mío antes de ahora, sabrán que tengo por costumbre llamar a las cosas por su nombre en lenguaje claro. Mi impresión de emigrante sobre la actual Barcelona (porque habrán adivinado hace tiempo que de Barcelona estoy hablando) es ésta: Todo maravilloso en lo material. Pero en lo moral, muchas mujeres desnudas y muchas iglesias vacías. Quien tenga oídos que oiga y quien tenga entendimiento que entienda.

CARLOS A. CALLEJO

Suscripción ordinaria . . . 300 Ptas. año
» de amistad de 300 a 1000 Ptas.
» de protección a partir de 1000 »
Número suelto 25 »

CRISTIANDAD

ADMINISTRACION:

Diputación, 302, 2.º - Teléfono 222 24 46

Suscripciones módicas para Sacerdotes, centros de Enseñanza y casos especiales.

Director: FERNANDO SERRANO MISAS